Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerías de Jordan, Rios, Perez y Cuesta.

La noche de S. Bartolomé de 1572.

Drama en cinco actos, traducido del francés por D. Ramon de Navarrete, *para representarse en Madrid el año de* 1847.

PERSONAGES.

rgarita de Valois, *esposa de Enrique IV.*
conde de Saint Bris, *caballero católico, y gobernador del Louvre.*
lentina, *su hija.*
Conde de Nevers.
urevert
ore.
sse.
vannes.
Retz
ru.
(*Caballeros católicos.*)
ul de Nangis, *caballero protestante.*
rcelo, *su criado.*
bano, *page de la Reina Margarita.*
balleros *católicos y protestantes, pages, guardias y pueblo.*

accion del drama es en agosto de 1572: los primeros actos pasan en la Turena, y los tres últimos en París.

ACTO PRIMERO.

l teatro representa una sala del castillo del conde evers: en el fondo grandes ventanas abiertas que n ver los jardines, donde algunos caballeros jóvenes n á la pelota: á la derecha una puerta que comunica as habitaciones interiores: á la izquierda una ven- cuya cortina está corrida, y que se supone dar á un rio. Inmediatos al proscenio, otros caballeros se an en diferentes juegos.

ESCENA PRIMERA.

El conde de Nevers, Tavannes, de Cosse, de Retz Thore, Meru, *y otros caballeros católicos.*

Cosse. (*viniendo de los jardines, y arrastrando á Thoré en pos de sí.*) Broma, broma larga! Qué diablos!.. Venirse á una fiesta de amigos con esa cara de pasion!

Retz. Yo lo creo... Pues no sabes que está apasionado?..

Thor. Eh! Señores...

Retz. De quién direis?..

Cosse. De la Reina de Navarra?

Retz. Eso no tendria nada de estraño...

Nev. (*acercándose.*) Será tal vez de Valentina, mi futura esposa...

Retz. Thoré es harto fiel amigo para eso?..

Meru. Ah!.. ya sé!.. La joven duquesa de Soissons?..

Thor. Quereis callar?.. No conoceis que son chanzas de Retz?..

Retz. Chanzas?.. Pues lo digo: Thoré se ha enamorado de los escudos de una vieja.

Todos. (*riéndose.*) Una vieja!.. Ah... ah... ah!

Retz. ¿Quién mejor puede merecer su cariño?..

Thor. Dejadme, dejadme! (*yéndose.*)

Cosse. (*deteniéndole.*) Y no sabes, de Retz, quien es esa respetable matrona? Pues mira que por Dios mucho te interesa!

Retz. A mi?

Cosse. Es tu tia, de la que eres único heredero.

Thor. (*volviendo á donde están los demas, y mirando fijamente á de Retz.*) Y mañana os convido á

todos á su castillo, donde se firman los contratos.

Retz. Cómo!.. (*sorprendido, pero reponiéndose al instante.*) No importa: estoy sin cuidado en cuanto á la sucesion.

Thor. (*llegándose á de Retz, y con ironía y malicia.*) Te acuerdas de aquel niño de tres años, á quien tuviste el otro dia en mi casa sobre las rodillas, y al que acariciaste largamente?..

Retz. Y bien, qué?..

Thor. Pues es tu primo, de Retz.

Retz. Cómo!.. (*desconcertado.*)

Thor. Y mi hijo, querido sobrino. (*se aleja despues de saludarle, en medio de las carcajadas de los demas.*)

Todos. Ah!.. ah!.. ah!..

Nev. Chasco mas orijinal!..

Cosse. Eso se llama ir por lana... Ah!.. ah!

Retz. (*volviendo en sí.*) Qué importa!.. Aun me quedan para hacer fortuna, mi espada y los dados!

Cosse. Bravísimo; y lo que es mas, el consuelo de las hermosas...

Tav. A propósito de hermosas, quiero contaros...

Nev. Otra declaracion?.. Una pasion nueva que has inspirado?.. Pero si eso te sucede todos los dias!!

Tav. No, á propósito de hermosas, quiero contaros que tengo un hambre devoradora. ¿Estamos en cuaresma, y te se antoja que hagamos penitencia, ó es tan malo el desayuno que nos le quieres hacer desear?.

Nev. Espero todavia á un convidado.

Todos. Y quién es?..

Cosse. Si, ¿quién es ese sitiador de nuestros estómagos?

Nev. Un caballero joven, otro nuevo compañero, que con el crédito del almirante acaba de obtener el grado de teniente.

Todos. Un hugonete!

Nev. Si; y os suplico que le trateis como á amigo antiguo, como á hermano. El que asi no lo haga, no lo es mio; ademas, nuestro soberano, que el cielo guarde, nos ha dado el ejemplo; reconciliándose con los protestantes; Coligny y Médicis han jurado ante Dios una paz eterna.

Cosse. Que durará bien poco!

Nev. Y que nos importa? Obedezcamos las leyes que nos dicta el rey en uso de su derecho, y acatemos obedientes sus mandatos.

Tav. Dime, Nevers, es nuestro nuevo amigo ese que ahora entra en el jardin?..

Nev. Si, es Raul de Nangis.

Cosse. Que cara de misionero!

Retz. Tiene algun pesar oculto?.. (*á Nevers.*)

Tav. No: es el efecto inevitable del dogma de Calvino.

Cosse. Señores, tratemos de divertirnos á costa suya.

Nev. No: tratemos de convertirle al culto de los verdaderos dioses: el amor y el placer!

ESCENA II.

Los mismos, y Raul *que se acerca á saludar al Conde de Nevers.*

Raul. Os doy gracias, señor conde, por haberme proporcionado ocasion de gozar todas las delicias de la corte, bajo el hermoso cielo de la Turena; y tambien por otorgar el honor de vuestro convite, á un pobre soldado á quien apenas nadie conoce!

Cosse. (*bajo á los otros.*) Pues no se esplica mal!

Tav. Si, pero tiene todo el aire torpe y descuidado de un noble de provincia.

Thor. Nosotros le formaremos: buena escuela para aprender pronto, es la corte del Príncipe.

(Mientras estos apartes, los criados han traido al centro de la sala una mesa magníficamente servida.)

Nev. A la mesa, señores, á la mesa!

Tav. (*á los otros.*) Comencemos por emborracharle, ¿no os parece?..

Todos. (*por lo bajo.*) Si, si!

(Siéntanse todos y comienza el banquete; una suavísima música se deja oir en los jardines mientras comen: despues diferentes vasallos del conde ejecutan varias danzas, que terminan á una señal de aquel.)

Nev. Eh!.. Basta ya de música y de baile, y dadnos (*á los criados.*) otros vinos. Vamos, Raul, bebamos á la memoria de nuestras damas, porque viendoos tan triste y melancólico, conócese á la legua que el travieso Cupido os lanzó sus envenenados dardos.

Raul. (*turbado.*) A mi?

Nev. No os ruboriceis, que esa es la mejor ocupacion á nuestra edad... Es decir, á la vuestra, porque mañana me tiende sus lazos himeneo, y he prometido renunciar al amor.

Retz. Cuantas hermosas de la corte se van á morir mañana de sentimiento!

Nev. De sentimiento ninguna: de envidia tal vez.

Cosse. Y quiénes son? Dinoslo, para divertirnos á su costa.

Nev. No tengo inconveniente, con tal de que cada uno de los que nos hallamos aqui, cuente sus amores.

Todos. Aprobado, aprobado!

Tav. Y quién comenzará?..

Nev. (*señalando á Raul.*) Nuestro nuevo amigo.

Todos. Si, si! A él le toca!

Raul. Señores, yo puedo hacerlo sin comprometer á la que adora mi corazon.

Nev. Empecemos por saber quién es.

Raul. Yo mismo lo ignoro.

Nev. (*riéndose.*) Su nombre?

Raul. Tampoco lo sé.

Nev. Es orijinal! Pero escuchemos, porque la narracion debe ser tan interesante como estraña.

Raul. Hace dos meses, hallábame en Amboise, aguardando la concesion de mi grado, y sumido como veis en mi habitual tristeza, cuando cerca de los baluartes vi una rica litera, seguida por un grupo crecido de estudiantes. Creí al pronto que seria alguna ovacion á un profesor querido y respetado: juzgué que tal vez un compañero aventajado gozaba de los aplausos y aclamaciones de la alegre turba. No sé por qué apresuré el paso; y á poco salí de mi error. Los gritos, las maneras descompuestas de los jóvenes, me hicieron conocer sus planes. Entonces metí espuelas á mi caballo, y me arrojé como un relámpago sobre ellos: ni uno solo se atrevió á hacerme frente.—Lleguéme á la litera, y ¡qué espectáculo se ofreció entonces á mi vista!

Nev. Una muger sin duda?..

TAV. Y hermosa?

RAUL. Hermosa, decis?.. Y tanto que poco me faltó para doblar ante ella la rodilla, y adorarla como á la madre de Dios!

RETZ. (*á Cossé.*) Qué candidez!

COSSE. Temblar y asustarse mirando dos ojos negros! No haria yo tal cosa!..

RETZ. (*por lo bajo.*) Ni yo.

RAUL. Una voz dulce y armoniosa, cual la de los ángeles, me sacó de mi enajenamiento.—Gracias os doy, caballero, me dijo, por el oportuno socorro que me habeis prestado: sin vos el Cielo sabe lo que hubiera sido de mi!—«Habia cesado de hablar, y todavia la escuchaba yo, entregado á un dulcísimo éxtasis, cuando aparecieron sus lacayos, vestidos con lujosa librea. Diéronme todos encarecidas gracias, y ella... ella me alargó este ramillete que llevaba prendido sobre su blanquisimo seno, diciéndome: «Tomad, señor caballero, y sea mas duradera en vos la memoria del favor que os debí, que la existencia de esas flores.» Alejáronse entonces, y yo juré en lo íntimo de mi corazon, no amar á muger alguna sino á aquella que habia pasado ante mis ojos cual una vision celeste y consoladora, dejándome un recuerdo que jamás morirá!.. (*llevando á sus lábios el ramillete, y guardándole despues en el pecho.*)

NEV. Donosa aventura!

RETZ. Y pensais ser siempre fiel á vuestra desconocida?..

RAUL. Eternamente!

COSSE. Vais á la corte, señor de Nangis, y alli encontrareis quizás algunos ojos azules que os hagan olvidar esos negros.

RAUL. Nunca!

NEV. Pues bebamos, señores, á esta sublime ofrenda de ternura, y á este amor tan constante como estraordinario!

TODOS. Si si, bebamos!

ESCENA III.

Los mismos, siempre á la mesa, y MARCELO *que aparece en la puerta del fondo.*

COSSE. Pero ¿de quién es esa estraña catadura que aparece por ahi?..

RAUL. Es, señores, un antiguo servidor de mi casa, y que me ha visto nacer.

MAR. (*dirigiéndose á uno de los convidados.*) ¿Podreis decirme donde está Sir Raul de Nangis?.. (*el otro le señala el sitio que aquel ocupa.*) Señor, (*llegando á él.*) Dios os protege desde que vuestros amigos son sus siervos...

COSSE. ¿No es quizás calvinista como vos?..

MAR. No, nobles señores; naci católico, y católico moriré! ¡Por qué el Cielo no me otorgó que profesáran mi culto todas las personas que amo!

NEV. Tanto quereis á vuestro señor?..

MAR. Quiérole cómo al hijo que perdi en la cuna, y en mi corazon le adopté por tal desde aquel momento!—Pero perdónenme, mis señores, si hablar me atrevo delante de tan noble concurso, y permitanme cumplir el objeto que á este sitio me trae.

RAUL. Y cuál es, mi buen Marcelo?..

MAR. Entregaros este papel, que para vos dejó en vuestra posada una dama encubierta.

RAUL. Dame! (*desdoblándolo con afan.*) Dios mio! (*despues de haber leido.*)

NEV. ¿Es acaso de vuestra hermosa desconocida?..

RAUL. No lo sé, pero lo sospecho, que no mas dice: «Esperad y sed constante.»

NEV. Estraño es el billete, y misteriosa la dama!!

COSSE. Sin duda debe de ser alguna beldad cortesana, que se impacienta ya de veros tan por demas tímido y respetuoso.

RAUL. (*contemplando el papel con efusion.*) Gracias, Dios mio, gracias!

ESCENA IV.

Los mismos, y un criado del conde de Nevers que aparece en el fondo del teatro guiando á una muger cubierta con un velo: esta desaparece en los jardines, y el criado se dirige hácia su amo.

CRIA. Afuera hay una persona que desea hablar al señor conde de Nevers.

NEV. (*sentado y sin moverse.*) Aunque venga el rey en persona, no me levanto de este asiento, pues me rio hasta de la ira de Dios cuando bebo una buena copa de vino de Chipre.

MAR. (*ap.*) Impio! Ha blasfemado!

CRIA. (*á media voz á Nevers.*) El señor conde ignora que la que aguarda es una muger.

NEV. (*sin moverse y sonriendo con desden.*) ¿Una muger, dices?.. Es insufrible el encono con que me persiguen! No me dejan un instante de libertad!

CRIA. Y está alli, en vuestro oratorio.

NEV. (*como antes.*) Pues que espere!

TAV. (*levantándose.*) Eso no; que á fuer de galantes caballeros, nosotros corremos á reemplazarte.

NEV. (*sin moverse.*) En buen hora. Pero aguardad un instante. (*al criado.*) Leonardo, ¿quién es? La marquesa d' Entragues ó la jóven condesa de?..

CRIA. Ninguna de las dos, señor.

NEV. Entonces será madama de Raincy.

CRI. Tampoco, porque nunca la he visto aqui.

NEV. (*levantándose.*) Una nueva conquista! Vive Dios que eso es diferente, y voy corriendo, aunque no sea mas que por curiosidad. Señores, os ruego que me dispenseis, y que mi ausencia no suspenda la alegria que ha venido á interrumpir el amor, y en la que pronto vendrá á tomar parte la amistad.

COSSE. Buena fortuna, Nevers.

TODOS. Si, si; buena fortuna! (*todos se levantan de la mesa, y forman diversos grupos: Nevers sale con el criado.*)

ESCENA V.

Los mismos, menos NEVERS.

COSSE. Singular aventura!

RETZ. Suerte como la de ese Nevers!

TAV. Todo le sale bien, y todo se le viene á la mano sin buscarlo.

RAUL. ¿Tan dichoso es en sus galanteos?

RETZ. Cual no podeis imaginarlo... Y por San Luis que no me admira, pues es tan galan como valiente.

Tho. Tengamos prudencia, y respetemos este misterio.

Retz. Como se conoce que estais para casaros, querido tio! En cuanto á mi, que no codicio la primera vieja de Francia, me contentaria con ser el héroe de esa aventura.

Meru. Y quién será la hermosa?

Cosse. Mucho me alegrára de saberlo.

Retz. No podriamos acercarnos?..

Meru. Si lográramos verla...

Tav. Esperad, me ocurre un medio que no ofrece dificultad alguna. (*señalando á la izquierda.*) Veis aquella ventana que solo cierra una cortina transparente?.. Pues va á dar al oratorio de Nevers.

Meru. Y bien?..

Tav. Ahi es donde está la desconocida.

Todos. (*queriendo correr á ella.*) Si, si; buena idea.

Tav. (*deteniéndolos.*) Eh!.. Alto ahi!.. Yo soy el autor del proyecto, y á mi me pertenece la gloria de comenzar. (*se acerca á la ventana, y descorre la cortina suavemente.*)

Tho. Vamos, ves algo?..

Tav. Si, alli está.

Retz. Pero es la misma?.. Míralo bien.

Tav. Y por mas señas que me parece preciosa! (*separándose.*) Qué feliz es Nevers!

Cosse. (*ocupando su sitio.*) Ahora me toca á mi.

Retz. (*y los otros acercándose sucesivamente.*) Si... si... ya lo veo!

Tav. Eso no es muger, es un querubin.

Tho. Pues á mi no me parece mas que una muger.

Retz. Querido tio, vos teneis el gusto estragado.

Meru. (*mirando.*) Que talle tan esbelto!

Tav. La conoces por ventura?..

Meru. No, por desgracia.

Retz. Ni yo tampoco.

Los otros. Ni yo.

Cosse. ¿No habeis reparado que espresion de dulzura tiene su rostro?.. (*volviendo á mirar.*)

Retz. (*mirando.*) Y es muy joven.

Tav. No es poco dichoso Nevers en tener semejante dama.—Pero, que veo! Vos solamente no sois curioso? (*á Raul.*) Temeis acaso que esa beldad os haga ser infiel á la que amais silenciosamente, ó la castidad de hugonote no os permite contemplar tan divinos atractivos?

Raul. (*dirigiéndose á la ventana, sonriendo.*) Me haceis mas favor del que merezco, y en prueba... *(mirando.)* Dios mio!!!

Unos. Qué teneis?

Otros. Qué es eso?..

Raul. Aquella joven que salvé hace dos meses, y de quién os hablé poco ha...

Retz. Y bien?..

Cosse. Acabad.

Raul. Es esa, esa misma, acabo de reconocerla!.. (*todos sueltan una carcajada.*)

Tho. Pero estais seguro?.. (*Raul abismado en sus tristes pensamientos, no responde nada: los demas caballeros se apartan un poco, y celebran la aventura con risotadas comprimidas.*)

Meru. Estraño lance!

Cosse. Singular encuentro!

Retz. Pobre muchacho! Y la amaba tan honestamente! Ah!.. ah.., ah! (*riéndose.*)

Tav. Creíala una paloma sin hiel y sin mancilla, y ella misma viene á entregarse al gavilan!

Cosse. Miradle como está, aturdido, asombrado... sin saber lo que le pasa... Ah... ah... ah!

Retz. Divirtámonos un poco. (*Llegándose á Raul con los demas.*) Qué, Sir Raul, tan á pechos habeis tomado la ingratitud de vuestra hermosa?

Tav. Que diantres! Haced lo que todos hacemos: á rey muerto, Rey puesto; si una nos deja, otra al canto; y si ellas son infieles, venguémonos nosotros imitándolas.

Raul. (*volviendo en si.*) Ingrata!.. Pérfida! Ha venido por otro!.. Sea su castigo mi desprecio! (*mirando á los demas.*) Ningun derecho tengo para quejarme, señores, porque nada me habia prometido. Pero sin embargo, es tan doloroso renunciar á la ilusion que nos halagaba, ver desvanecida la esperanza que nos sostenia! (*los caballeros cambian entre si algunas miradas maliciosas y se sonrien, mientras Raul continua.*) Si: ella era el grato sueño de esta vida árida y triste; yo la habia santificado en mi pensamiento, elevándola hasta Dios; yo habia simbolizado en ella la hermosura y la pureza!.. Oh!.. señor, señor, tú eres el que me hiere por haberla adorado como á ti!

Tav. Vamos, vamos, desechad esa tristeza, y venid á alegraros con otra copa de Chipre. (*ofreciéndosela: Raul la rehusa.*)

Retz. Que hariais si os pasara lo que á mi?.. Ayer me dejaron tres queridas! Hoy he hecho siete declaraciones: lo menos pegan cuatro. Esta es una venganza digna de Alejandro!

Tav. (*que ha estado observando en el fondo.*) Chit!. Silencio!.. Que ya salen!

Raul. Dejadme, quiero verla, para que sepa hasta que punto la odio y la desprecio... (*los otros le contienen.*)

Retz. Eh!.. deteneos!.. Que tal el hugonote! (*á los demas.*)

Tav. Acordaos de los deberes que os impone la hospitalidad, y respetad como nosotros los secretos del noble castellano.

(Raul se detiene, pero mira con interés y furor hácia los jardines, por donde pasa el conde de Nevers llevando de la mano á una dama encubierta, á la cual saluda respetuosamente, y que se aleja. Los caballeros llevando á Raul consigo, se encaminan hácia la derecha.)

Cosse. Buen talle!

Retz. Venid, venid por aqui todos, á ver si conocemos su litera.

Todos. Si, si: vamos!.

ESCENA VI.

El conde de Nevers, *despues* Raul, *por último los demas caballeros.*

Nev. (*pensativo y disgustado.*) Si: es menester romper ese himeneo... La misma Reina Margarita la ha aconsejado que viniese á verme; y ella se apresura á visitarme con ese objeto, sin temor á conjeturas tal vez poco favorables... Su padre la obligaba á este casamiento, y yo á fuer de caballero no debo consentirlo jamás. Se lo he jurado, y ademas yo no la amaba; obedecia los deseos de ambas familias, y... No, ¡vive el cielo que miento, si digo que en el fondo de mi corazon no la adoraba! (*quédase pensativo: los convidados salen ahora, y acercanse á Nevers, al que felicitan estrepitosamente.*)

Tav. Que sea enhorabuena, señor conde.

ETZ. Recibid mis parabienes, señor de Nevers.
)SSE. Tan afortunado como siempre, eh?
ERU. Honor al conquistador moderno!
IO. Pues esas locuras no están bien en vísperas de casarse.
ETZ. Con vuestro permiso, tio mio, la visita de una muchacha hermosa está bien el mismo dia de la boda.
AV. Thoré, esa es la hipocresía del futuro de una vieja; es decir, de un hombre dos veces hipócrita.
IO. Cómo!.. (*algo picado.*)
SSE. Eh!.. Tengamos la fiesta en paz, señores, y ciñamos de laureles la frente del vencedor.
EV. En buena ocasion llegan sus cumplimientos. (*ap.*) Pero tratemos de disimular.—Amigos mios, no acepto la gloria que me otorgais, y tal vez soy menos dichoso de lo que creeis.
AUL. (*adelantándose, con ironía.*) Eso es imposible, señor conde: para vos la senda del amor está sembrada de flores; para vos no hay corazon insensible, mi virtud capaz de resistiros. Oh!.. Dejad que yo tambien ciña vuestra frente con tan envidiable corona!..
ETZ. Pero tú no sabes... ah!.. ah!.. ah!..
AV. Lo mas gracioso es que...
AUL. (*con firmeza é imponiéndoles silencio.*) Cuenta, señores, con que tomaré por insulto lo que podais añadir.

ESCENA VII.

Dichos, y URBANO *por el fondo del teatro.*

EV. ¿Quién es el noble caballero que á honrar viene mi castillo?... (*adelantándose á recibirle.*) ¿Quién sois, bello page, y que buscais en mi casa?
RB. Salud y gloria, señores!—Vengo de parte de una dama noble y recatada, cuyos favores codiciarian los reyes mismos, á traer un mensaje para uno de vosotros. Me está vedado revelar aqui su nombre al caballero que tal honra merece; mas bien puedo decirle que sóbrale motivo para estar de ella orgulloso.
EV. (*con petulancia.*) Qué diablos!.. Muchas veces es hasta molesto tener algun mérito; pero ya que es imposible sustraerse á los favores de la fortuna, dame, pues, tu mensaje. (*á Urbano tendiendo la mano.*)
RB. ¿Seriais por ventura Sir Raul de Nangis?
EV. Qué dices? (*desconcertado.*)
RB. Que es para él el billete.
ODOS. Para él!.
AR. (*que ha entrado detras del page con otros varios criados, y señalando á su amo.*) Para mi amo; aquel es... alli está. (*con orgullo paternal.*)
AUL. Cómo!.. Yo?.. (*sorprendido.*) Será un error. Yo no conozco aqui á nadie que se interese por mi suerte!
RB. Sin embargo, es para vos. (*sonriéndose y alargándole el billete.*)
AUL. Pues dadme. (*rompe el sello y lee.*) «A medio dia irán en busca vuestra al castillo de Nevers: entonces permitid que os venden los ojos, y dejaos conducir á donde os lleven: obediencia y silencio. ¿Tendreis miedo, Raul?..» Sin duda quiere alguno reirse á costa mia... Y á fé que pueden pagarlo muy caro! Sin embargo, se dudará de mi valor, y... Estoy decidido: iré! (*dándole el billete á Nevers*) Leed vos mismo ahora. (*todos los caballeros se reunen en un grupo.*)
NEV. (*ojeando la carta y pasándosela á Tavannes.*) Dios mio!!
TAV. Que veo!! (*lo mismo dándosela á Retz.*)
RETZ. (*dándosela á Cossé.*) Es su sello!
COSSE. (*pasándola á Thoré.*) Su divisa!
THO. (*entregándosela á Meru.*) Y de su mano!! (*todos miran con sorpresa á Raul.*)
MERU. Es indudable!
NEV. Qué fortuna! (*con petulancia.*) Y no es el mejor mozo de nosotros!
COSSE. No por cierto!
RETZ. Y con ese aire de novicio...
TAV. Con ese aire de novicio y todo, á él es al que distingue y prefiere la hermana de nuestros reyes, la esposa de Enrique IV, la hermosa Margarita de Valois. Esto es lo positivo! (*rumores de sorpresa y admiracion entre los caballeros.*)
NEV. Aun ignora su felicidad, y no creo que debamos descubrirle el misterio. (*acercándose á Raul y tendiéndole la mano.*) Ya sabeis que soy un verdadero amigo vuestro.
TAV. (*lo mismo.*) Si en algo me habeis menester...
COSSE. Acordaos de mi, si necesitais de un brazo fuerte!..
RETZ. Ya sabeis que nuestras simpatías...
THO. Supongo que no me olvidareis...
MERU. Ni á mi tampoco...
RAUL. Pero, ¿qué significa este cambio repentino?.. No puedo comprender...
TAV. Prometedme que pensareis en nosotros...
RAUL. Y que puedo yo hacer?..
NEV. (*misteriosamente.*) Cuanto querais.
RAUL. Como!..
TODOS. (*por lo bajo.*) Silencio!
RETZ. Os aguarda un porvenir brillante... placeres...
COSSE. Honores... opulencia...
THO. Vereis colmadas vuestras esperanzas...
NEV. Sobre todo, amigo mio, audacia, porque el poder es siempre del que tiene bastante fuerza para alcanzarlo.
RAUL. Placeres... honores.... opulencia... Será verdad, Dios mio?.. Y no me direis?..
TODOS. Chit!.. Silencio! (*un reloj da las doce.*)
THO. Las doce!! (*Urbano que se retiró al escuchar la respuesta de Raul, vuelve ahora á aparecer, seguido de dos enmascarados.*)
MAR. (*ap.*) Cortesanos!.. Ahora le adulan!
URB. (*á Raul.*) Estais dispuesto á seguirnos?
RAUL. Al punto. (*Urbano saca una venda y se la presenta: Raul pone una rodilla en tierra mientras aquel le tapa los ojos con cuidado.*)
RETZ. (*á Cossé que se ha quedado pensativo.*) En que piensas?
COSSE. En que estamos en ridículo nosotros, porque nadie nos ha venido á buscar.
RETZ. Oh! Si yo lo hubiera sabido!!
COSSE. Qué hubieras hecho?
RETZ. (*suspirando.*) Mandar que enviase por mi Clotilde!
COSSE. (*suspirando.*) Y yo Diana!
THO. (*suspirando mas profundamente.* Y yo mi vieja!

(Mientras estos apartes, Raul vendado ya se ha puesto

en pié, y el page despues de cubrirle le ha tomado de la mano, dirigiéndose hácia al fondo: Nevers y Tavannes le abrazan diciéndole.)

Nev. y Tav. Buena fortuna, Sir Raul!

Todos. (*siguiéndole.*) Buena fortuna! buena fortuna! (*Raul les saluda con la mano, y se vá precedido de Urbano, y seguido de los dos enmascarados al tiempo de bajar el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el castillo y los jardines de Chenonceaux, á tres leguas de Amboise: el castillo está edificado sobre un puente (en prespectiva.) El rio serpentea formando lineas curvas hasta la mitad del teatro, desapareciendo detrás de los fondosos árboles.— A la derecha una ancha escalera por la cual se baja del castillo á los jardines.— Al desecorrer el telon, Margarita rodeada de sus damas, concluye su tocado, y Urbano, su page, de rodillas ante ella, tiene todavia en las manos el espejo en que se ha mirado la Princesa.

ESCENA PRIMERA.

Margarita, Urbano, *damas de honor.*

Mar. No se porque, amigas mias, me encuentro hoy triste y melancólica. Este mismo cielo de la Turena; estos jardines risueños, con sus fuentes murmurantes, esos arroyos que se deslizan por la yerba humildemente, estas florestas por donde otras veces placiame en vagar, hoy no mas me causan que amargura y desconsuelo.= Es que tal vez se acerca el dia en que debo abandonar los placeres que por tanto tiempo gocé venturosa, para marchar á un pais que no conozco, y para unirme á un hombre que no amo!!— Oh!.. como recordaré entonces este asilo pacífico y sosegado donde han corrido los dias hermosos de mi juventud y de mi inocencia!.. Cómo recordaré este rincon del mundo, á donde no ha llegado la lucha sacrilega de los hombres; este suelo benéfico que no ha regado la sangre vertida por sus disputas relijiosas!..

Urb. Aqui, mi señora, (*timidamente.*) no se pronunciaba otro nombre que el del amor, ni se entonaban cánticos sino en honor suyo.

Mar. Verdad es!.. Y muy pronto quedará solo la memoria de tantos goces! (*Quédase pensativa un instante: despues levantando la cabeza, dice sonriendo.*) Mas que locura!.. ¡Por qué he de aflijirme aun?.. Gustemos el presente, que es bello todavia; y olvidemos el porvenir que puede serlo tambien. Si: ahora como antes corramos alegres por las praderas, dando suelta á nuestra alegria. Dejemos que el eco repita siempre nuestras cantinelas amorosas, y soñemos á la sombra de esos fondosos árboles, aspirando el suavisimo aroma de las flores, esperanzas risueñas y apacibles; quimeras dulces que consuelan el alma. El amor sea nuestra vida: á él demos nuestras trovas, y con él alimentemos nuestros corazones. Aqui, en estos pensiles amenos, todo revela los goces y las pasiones humanas: cuando en la tarde susurran las frescas auras, paréceme que al mover las flores se estremecen estas con un ósculo ardiente; paréceme que agita sus tallo una conmocion repentina, y creo comprende el mudo lenguage que entre si tienen. Cuand mas allá percibo el dolorido trino del ruiseño le escucho cantar sus penas y sus deleite cuando arrulla tristemente la tórtola en el os curo bosque, distingo sus quejas y amoroso lamentos; hasta el manso arroyo que murmur blandamente sobre arenas de plata, hasta rio que se despeña estruendoso en los peñas cos, todos dejan oir suavisimos acentos de ca riño y de ternura, que nos hacen delirar d felicidad!

Urb. (*con entusiasmo.*) Oh!.. Señora!.. Al nombr de amor se anima y renace la naturaleza; lo pajaros reviven entre el verde follage, y e cielo mismo parece que envia su coro de ánge les á reforzar nuestras voces!

Mar. Pobre Urbano!.. Tan niño aun y ya ta viejo!. (*Urbano suspira.*) ¿Por qué suspiras?.¿D qué te quejas?..

Urb. De no ser mas que un paje!

Mar. Ambicioso ya!— Estás enamorado por ven tura?..

Urb. Señora... (*estremeciéndose.*)

Mar. De alguna de mis damas?..

Urb. Ah!.. no!..

Mar. (*Sentandose.*) Pues entonces no quiero saber lo.— El dia está abrasador: el sol de agosto m parece hoy insufrible; y cuando decline ire mos á bañarnos en las puras aguas del Che que lame las orillas de Chenonceaux. Id á dis ponerlo todo, señoras. (*Las damas se van po la izquierda, y en lo alto de la gran escalera s vé aparecer á Valentina.*) ¿Quién viene?..

Urb. La mas hermosa y la mas jóven de vuestra camaristas.

Mar. Valentina!

ESCENA II.

Margarita, Valentina, Urbano.

Mar. (*viendola llegar.*) Acércate sin temor, hija mia.

Urb. Acaba de llegar á la corte, y ya es la favorita de nuestra soberana!

Mar. Si: la vi llorar desde el primer dia, y las lágrimas me conmueven siempre profundamente!

Urb. (*ap.*) Ah!.. Pues entonces no me volveré á reir..!

Mar. Vamos, ánimo, Valentina. Cuentame el resultado de tu atrevida espedicion.

Val. El conde de Nevers me ha prometido bajo palabra, renunciar á mi mano.

Mar. Entonces ya todo es facil, y yo te respondo de que sin mucho trabajo dentro de poco, otro himeneo...

Val. (*Turbada.*) Cielos!

Mar. (*Sonriéndose.*) Como! ¿Te sonrojas?.. (*Valentina baja la vista.*) Con que tanto le amas..? Y ¿por qué luchar asi..? ¿no merece tu afecto?.. Urbano, tú que le has visto, respondeme por ella, ¿qué te ha parecido?

Urb. El caballero mas cumplido y apuesto de la Francia.

Mar. Entonces, el cielo os ha hecho uno para otro.

VAL. No, señora: el cielo proscribe esta alianza; nuestros cultos son diferentes.
MAR. El amor no conoce diferencias ni cultos.
URB. (*tristemente y ap.*) El amor no conoce diferencias.!!
MAR. Y ya sabes que yo, siendo católica, estoy desposada con Enrique, Rey de Navarra, y uno de los primeros gefes protestantes.
VAL. (*con alegria.*) Es verdad!
MAR. ¿Por qué ha de haber dificultades para tu enlace?..
VAL. Será imposible. Mi padre...
MAR. Yo misma le he visto, y no tengo motivo para dudar de sus nobles promesas.
VAL. (*timidamente.*) Pero... y Raul?..
MAR. Querida mia, va á venir á este sitio.
VAL. (*sorprendida y asustada.*) Dios mio!.. Jamás me atreveré...
MAR. (*Sonriendose*) De veras?.. Nunca?. Entonces yo le recibiré...
VAL. Vos?
MAR. Y por qué no?.. Tendrás celos?
VAL. Señora!
MAR. Tranquilizate: yo soy menos hermosa que tú!
URB. (*vivamente.*) Oh!.. no!..
MAR. (*sonriendo.*) ¡Cómo es eso!.. Sois galante por Dios, lindo page!
URB. Perdonadme, pero no sé mentir!

ESCENA III.

Los mismos, y una dama de honor.

LA DAMA. Señora, todo está preparado para cuando V. M. guste.
MAR. Pues bien, sea ahora mismo! (*volviendo la cabeza y reparando en Urbano.*) Como!.. Aun estais aqui, señor Urbano?
URB. Esperaba vuestras órdenes.
MAR. Retiraos.
URB. Obedezco.

ESCENA IV.

MARGARITA, VALENTINA, *las damas.*

(*Durante esta escena las camaristas forman diferentes grupos: unas cantan el coro, mientras el resto bailan á su compás.*)
MAR. Sentémonos aqui, hija mia, y divertámonos con su alegria y con sus danzas.

Coro.

Amores murmuran
las aguas, los vientos:
de amor por do quiera
se escuchan acentos.
El pájaro, el árbol,
el rio, la flor,
acordes repiten
el nombre de amor.
Venid, y á mi oido
de amores cantad:
que amor es mi vida,
mi ventura amar!

(*En este momento Urbano aparece en medio de los grupos.*)

ESCENA V.

Los mismos, URBANO.

MAR. (*levantándose con enojo*) ¿Qué quieres?
URB. Un caballero... que traen hácia aqui.
MAR. Un caballero!..
URB. Si señora: dócil á vuestras órdenes, cubre sus ojos una espesa venda.
MAR. (*á Valentina.*) Es Raul de Nangis.—Perfectamente: todo sale á medida de mi deseo!
VAL. Ah!.. Dejadme huir, señora!
MAR. No, quedate: yo lo mando.—(*A Urbano.*) Traedle.

(Urbano sale y vuelve á entrar conduciendo á Raul con los ojos vendados: bajan por la grande escalera de la derecha, y entonces todas las damas se acercan de puntillas á verle, señalándole las unas á las otras: despues de mirarle huyen velozmente.)

TODAS. Miradle!

ESCENA VI.

Dichas, RAUL DE NANGIS.

MAR. Necesito hablarle: (*A las camaristas.*) dejadme sola.
URB. (*mirando á Raul con envidia.*) Quien estuviese en su lugar! (*yéndose de mala gana.*)
VAL. (*al pasar por junto á Raul, repite á su oido conmovida las palabras del billete del acto primero.* Esperad y sed constante! (*desaparece ligeramente.*)

ESCENA VII.

MARGARITA, RAUL *todavia con los ojos tapados.*

RAUL. (*estremeciéndose.*) Ah!.. Dios mio!!. Esa voz... esas palabras...
MAR. Semejante lealtad merece recompensa.
RAUL. (*reconociendo que es otra voz.*) No es la misma! (*suspirando.*)
MAR. Ya estamos solos, caballero, y en mi clemencia tengo á bien dispensaros de vuestro juramento. Descubrios.
RAUL. (*arrancándose la venda, y mirando en derredor suyo.*) No está!.. Me engañé..! Mas ¿dónde me hallo? Es ilusion cuanto me rodea? ¿Quién es la hermosura deslumbrante, que parece la deidad de estos pénsiles? Respondedme, señora ó diosa: estoy en la tierra ó en los cielos?..
MAR. En mi casa! (*sonriendo.*)
RAUL. ¿Pero quién sois, decidmelo?.. Decidme tambien si sueño ó estoy despierto, porque al miraros dudo de todo, hasta de mi existencia.
MAR. Es galante!.. Y sin conocerme!.. Ciertamente es muy lisonjero para una Reina. (*ap. con satisfaccion.*)
RAUL. (*animándose.*) No respondeis?.. ¿No aceptareis los homenages de un noble caballero?..
MAR. Necesito una prenda de vuestra obediencia. (*sonriendo.*)
RAUL. Hablad, hablad; ¿qué podré negaros?.. Dejad que á vuestros pies reciba sumiso vuestras órdenes: yo os prometo obedeceros en todo lo que mandeis.
MAR. (*un tanto conmovida.*) Que rendido! Si yo estuviese libre... y si Valentina no fuera mi amiga! (*ap.*) Mas procuremos su felicidad.

Raul. Oh!.. Si pudiese olvidar á la ingrata! (*mirando á Margarita.*) ¿Qué aguardais, mi señora..? Disponed de mi vida, y de mi espada, que es todo lo que poseo: aceptad mi corazon, que es cuanto puedo daros... y si quereis mi muerte...

Mar. Os doy gracias, caballero; pero sosegaos, que mi solo deseo es haceros dichoso.

Raul. ¿Qué decis?

Mar. Me habeis pedido que os dé mis órdenes, y es necesario obedecerlas.

Raul. Lo juro por mi honor!

Mar. (*satisfecha.*) Eso es todo lo que quiero.

Raul. Pues bien, hablad, ¿què exijis de mi?

ESCENA VIII.

Dichos y Urbano.

Urb. Señora...

Mar. (*con impaciencia.*) Otra vez!.

Urb. Perdonadme; pero todos los nobles del pais congregados por mandato vuestro, desean tributar sus homenages á V. M.

Raul. Cielos!.. (*apartandose de ella con respeto, y sorprendido.*) Una Reina!

Mar. (*acercandose y con dulzura.*) Asi es la verdad; soy la esposa del rey de Navarra, y estais en mi castillo de Chenonceaux. (*riendose de la turbacion de Raul.*) Y bien: que se ha hecho de vuestro ardor y vuestros juramentos?.. Acordaos de lo que habeis prometido... ¿ó creeis que la palabra que se le ha escapado á mi page os dispensa ya de ser fiel?

Raul. Nunca, nunca, señora.

Mar. ¿Me prometeis obediencia nuevamente? ¿No es asi?.. Pues bien, yo quiero prepararos una alianza ilustre. Los designios políticos del Rey mi hermano, y de mi augusta madre, son procurar la union de los católicos con los protestantes, y yo coadyuvo á ellos dándoos por esposa una rica heredera, hermosa, é hija única del conde de Saint-Bris, vuestro antiguo enemigo.

Raul. Pero acaso...

Mar. Todos los obstáculos están allanados. El conde consiente en ello, y olvidando los odios de familia, él mismo vendrá hoy á tenderos una mano amiga.

Raul. Quién?.. él?..

Mar. (*Con dignidad.*) Acordaos vos de que tengo vuestro juramento, y de que la órden que os doy...

Raul. (*inclinándose.*) Obedeceré.

Mar. Está bien. Con esta condicion os nombro escudero de mi casa, y os introduzco de esta suerte en mi córte.

Raul. (*besando la mano que ella le presenta.*) Tantas mercedes me confunden!

Mar. Tratad de justificarlas en adelante con vuestra conducta, y haceos merecedor de otras nuevas.

Urb. (*suspirando.*) Con todos es buena y bondadosa menos conmigo!

Mar. (*á Urbano.*) Decid á esos nobles señores que les otorgo permiso para que me ofrezcan en este sitio sus respetos. (*vase Urbano.*) Vos, señor Raul, quedad: yo misma tendré la dignacion de presentaros al conde de Saint-Bris, y de verificar vuestra reconciliacion, q[ue] quiero sea sincera y eterna.

Raul. Lo será por mi parte, señora.

ESCENA IX.

Dichos, el conde de Saint-Bris, el conde de N[e]vers, *caballeros católicos y protestantes, y dam[as] de la córte.— Entre los primeros* Tavannes, Co[s]se, y de Retz.

(Bajan todos por la gran escalera, precedidos de U[r]bano y demas pages y escuderos de la Reina. Todos [se] inclinan profundamente al llegar á donde se halla est[a].)

Mar. Bien venidos, nobles señores, bien venid[os] á mi residencia de Chenonceaux.— He dese[a]do que fueseis testigos de un matrimonio d[e]bido á mis cuidados, y que puede ser de bu[en] agüero para el porvenir de la Francia.— Con[de] de Saint-Bris, dad la mano al esforzado señ[or] Raul de Nangis. (*estos se abrazan.*) Ilustre [de] Nevers, desde hoy será vuestro amigo mi n[o]ble escudero, el mismo señor Raul. (*ta[nto] Saint-Bris como Nevers acogen con efusion[a] Raul, mirando empero á la reina, como si s[e] obedeciesen sus órdenes.*)

Tav. Tambien nosotros (*á Raul.*) recibimos ó[r]den de venir, mas no con los ojos vendad[os] ni conducidos por un gallardo page.

Retz. Admitid nuestros parabienes nuevamen[te].

Cosse. Esta vez no ha sido ciega la fortuna, señ[or] Raul.

Raul. (*separándose de ellos.*) Gracias, señor[es] gracias.

(Mientras estos apartes, un criado en trage de co[rreo] y con la librea de la córte, ha entregado á la Reina d[ife]rentes pliegos que ella abre y lee. Despues se acerc[a á] Saint-Bris y á Nevers, y les entrega las órdenes que aq[ue]llos contenian.)

Mar. (*por lo bajo á Saint-Bris y á Nevers.*) [Mi] hermano Cárlos IX, apreciando y conocien[do] vuestro celo, os llama á Paris inmediatame[n]te, para confiaros un vasto proyecto que [yo] ignoro.

Bris. Obedeceremos al punto sus mandatos.

Mar. Si, pero antes de todo, deseo que se acab[en] y cumplan los mios, y que aqui, en mi prese[n]cia, abjurando todo rencor, pronuncieis [los] tres, cual si estuvierais al pié de los altar[es] los solemnes juramentos de una paz durader[a].

Nev. (*adelantandose el primero.*) Juro por mi h[o]nor, por el nombre que lle vo de mis predec[e]sores, por el Rey mi señor, por este acero co[n]fiado á mi brazo, y en fin, por Dios que cono[ce] y castiga á los traidores, ser fiel á los deber[es] de una amistad eterna.

Raul. Júrolo tambien; sino lo cumpliese asi, ve[n]gue el cielo mi traicion.

Bris. Y yo á él pongo por testigo de la santid[ad] de mi promesa.

Mar. Bien, nobles caballeros; estoy satisfecha [de] vosotros, y os doy las gracias por haber llena[do] mis deseos.— Ahora solo me resta presentar[os] la ilustre doncella que os destino, y que cr[eo] hará fáciles y dulces los juramentos que ac[a]bais de pronunciar.— (*á algunas damas de h[o]nor.*) Conducid á este sitio á la noble Valen[ti]na de Saint-Bris. (*vanse las damas.*)

Tab. (*á Raul; mientras la Reina departe con Sai[nt] Bris.*) Olvidasteis por fin á la ingrata que

vendió? Bien hecho; la hermosa Valentina completará la obra.

RETZ Conoceisla?..

RAUL. No por cierto, jamás la vi.

COSSE. Y entonces, ¿cómo aceptais su mano?..

RAUL. Por complacer á S. M., y porque desde esta mañana, todas las mujeres son iguales pára mi.

(Bajan por la gran escalera Valentina, cubierta con un velo blanco, y las damas que salieron á buscarla.)

ESCENA X.

Los mismos, VALENTINA, *y damas de honor. Todos se agrupan para verla.*

MAR. Esta es la compañera de vuestra vida: recibidla de manos de su padre.

(Saint-Bris conduce á su hija hácia Raul, que se adelanta á recibirla, y despues alza su velo: al verla Raul retrocede, y lanza un grito agudo.)

RAUL. Ah.. Qué veo!

MAR. Qué teneis?..

RAUL. ¿Es esta la esposa que hoy me destinan.?

MAR. (*sonriendo.*) Mi voluntad y el amor.

RAUL. Y ella ha de ser, decis, mi fiel compañera eternamente..? (*convulso de furor.*)

MAR. (*sorprendida.*) ¿Y por qué no?

RAUL. Pues bien, yo (*fuera de si.*) Raul de Nangis, aunque el honor me prohibe revelar la causa, declaro aqui en presencia de todos, que no seré su esposo jamás, y que moriré antes que consentirlo!

VAL. Dios mio!!!

TODOS. (*dando un grito de sorpresa.*) Ah!!

NEV. Castiguemos al insolente! (*echando mano á la espada.*)

BRIS. Venganza por este ultrage!

MAR. Que osadia!.. En mi presencia!

BRIS. A muerte! (*llegandose á Raul y estrechando con violencia su mano.*)

NEV. (*lo mismo.*) A muerte!

RAUL. (*á los dos.*) A muerte, señores..!

(La agitacion producida por este suceso continua mas viva; la Reina y las dámas socorren á Valentina que ha caido desmayada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el prado de los estudiantes, que se estiende hasta las orillas del Sena. En el fondo, y al otro lado del rio, los principales edificios de París. A la izquierda del espectador y en primer término, un figon ó taberna, donde se hallan sentados estudiantes y muchachas. A la derecha otro figon, delante del cual los soldados hugonotes, beben, ó juegan á los dados. En el segundo bastidor, á la izquierda, la entrada de una capilla católica. En medio del teatro un árbol inmenso que da sombra á la pradera. — Al levantar el telon algunos estudiantes y grisetas(1) sentados en sillas, tienen entre si conversaciones animadas. Otros se pasean ó forman grupos. Artesanos, vendedores, músicos ambulantes, titiriteros, hombres y mugeres del pueblo, discurren bulliciosamente por entre la muchedumbre. — Son las seis de la tarde, en el mes de agosto.

---

(1) No he vacilado en dar este nombre á las mugeres de la clase ínfima en Francia, y por el que son tan conocidas en todas partes como nuestras manolas.

NOTA. Este acto puede empezar en la segunda escena, suprimiéndose la primera en los teatros donde no cuentan con gran número de actores.

ESCENA PRIMERA.

ESTUDIANTES, GRISETAS, *soldados, pueblo.*

EST. Eh!.. tabernero, tabernero, vino largo para esta chica.

TAB. Quieres emborracharla?

EST. Si.

TAB. Y tienes con que pagar?

EST. Cóbrate. (*tirándole una moneda á la cara.*)

TAB. (*recojiéndola y con respeto.*) Voy á serviros, señor caballero.

OTRO EST. Hola!.. ¿quién llora, quién llora por ahi?.. El llanto para los dias de trabajo; hoy es domingo, y solo debemos pensar en divertirnos.

UNA GRI. (*la que lloraba.*) Eso digo yo: pero este pérfido no me quiere comprar tortas...

EST. No quiere?.. Vente conmigo: yo te las compraré.

(La griseta suelta el brazo del otro, se coge al estudiante, y se pierden entre la turba, mientras el artesano hace esfuerzos para encontrarlos.)

ART. Bribona..! La he de matar!

LOS EST. (*cerrándole el paso.*) No se pasa, atrás!

ART. Dejadme, dejadme!!.

LOS EST. Atrás, atrás!..

(El artesano se va por otro lado, los estudiantes le silban y azuzan. — En este momento aparece el acompañamiento de una boda: Saint-Bris y de Nevers dan la mano á Valentina, que cubierta con un velo, y seguida de damas y caballeros de la córte, y de las personas de su casa, entra en la capilla de la izquierda. El pueblo se agolpa para verlos pasar.)

UNOS. Mirad, mirad lo que viene hácia aqui.

OTROS. Una boda!.. Una boda!..

EST. Yo quiero ver la novia!..

GRIS. Pues yo al novio! (*todos corren en desórden.*

UN EST. (*á una vieja.*) Eh!.. Tia Gringalet, vos que todo lo sabeis, porque sois bruja, ¿quiénes son los que se casan?

GRI. La hija del señor conde de Saint-Bris, gobernador del Louvre.

EST. ¿Y él cómo se llama?..

GRI. El noble conde de Nevers, el mas cumplido de todos los caballeros franceses.

EST. Son católicos los dos?..

GRI. Ambos lo son.

EST. Pues entonces, que sea en buen hora.

(Los soldados hugonotes que están bebiendo, entonan ahora el siguiente)

Coro hugonote.

Plan, rataplan, viva la guerra;
plan, rataplan, viva el amor:
vivan los ojos de las hermosas,
viva Calvino, el Salvador.

GRI. Ois á esos hereges?..

ART. Inicuos! insolentes! Debian quemarlos!

SOL. CATOLICO. Pronto llevarán su merecido! (*vuelven á cantar los hugonotes.*)

Coro.

Plan, plan: bebamos gozosos;
plan, plan, bebamos sin fin,
que cercana está ya la victoria
de nuestra causa, de Coligni!!

LOS ART. Eso es ya mucho insulto!

Otro. Y no debemos sufrirlo!

Art. A ellos... á ellos.!!

(Cunde la efervescencia: pero córtala una alegre comparsa de gitanos que invade la escena.)

Git. La buena ventura, que digo la buena ventura!

Otra. Que adivino, que presagio el porvenir!

La 1.ª Por dos dineros, quien quiere saber su suerte?

Artesanos. (*agolpándose.*) Yo... yo... yo!

Git. 1.ª Ven tu acá, buen mozo. ¿Qué quieres que te diga?

Art. Si seré rico. (*presentándole la mano.*)

Git. (*examinándola.*) Poderoso!

Art. Si?.. Pues dime ahora si me quiere mi muger! (*la muger se acerca con disimulo á la gitana y la da dinero.*)

Git. Tú muger?.. (*mirando el dinero y viendo que es poco.*) No... (*la muger asustada le vuelve á dar mas.*)

Art. (*alarmado.*) Como!.. No?

Git. Tonto!.. Digo que no tienes motivo para dudar de su fidelidad ni de su cariño.

Art. Ah!.. bueno!.. bueno!.. Mujercita mia! (*vase con ella abrazándola.*)

(Entra otra nueva comparsa de gitanos: delante una jóven canta y baila al son de su pandereta, la cancion siguiente: entre tanto, los que la siguen, establecen una tiendecilla ambulante, donde venden á los aldeanos infinidad de drogas y elixires.)

Git. (*cantando.*)

Yo soy la gitanilla
que anuncia el porvenir:
que trueca de los viejos
el enero en abril.
Yo soy la que derrama
galas y joyas mil:
la que reparte honores,
la que alarga el vivir;
si quereis ser hermosas
venid, hembras, aqui:
si quereis ser dichosos,
venid todos, venid.

(Sigue la broma y la algazara: los aldeanos vuelven hácia las gitanas.)

Ald. A ver, bruja hechicera, ¿á qué no me aciertas la edad que tengo?

Git. Dame la mano. ¿Cuándo naciste?

Ald. El año de... de... de 1550.

Git. Tienes 22 años.

Ald. (*asombrado.*) Oh!!

Git. Quieres saber mas?

Ald. Dime si soy casado ó soltero.

Git. (*tentándole la cabeza.*) Soltero.

Ald. Oh!

(Asustado echa á correr haciendo la cruz con la mano. En este momento suena el toque de oraciones, y comienzan á disolverse los grupos, á cerrarse las tabernas.)

Unos. Ois?.. Las oraciones! (*todos se santiguan menos los protestantes.*)

Otros. A casa, á casa!

Art. Y mi muger? Se ha encontrado alguien á mi muger?

Otro. Buscala en la iglesia.

Unos. Vamos.

Otros. Vamos.

Sol. Nosotros á cenar en la taberna, camaradas, en celebridad de nuestros triunfos.

Est. ¿Quién de vosotras quiere manducar en nuestra compañia?..

Todas las grisetas. Yo... yo.. yo.!!

Est. (*escojiendo á cinco ó seis.*) Eh!.. ya bastan.

(Entrase con ellas en el figon, y con los demas estudiantes.)

Una Gris. (*yéndose.*) Què suerte la de esa Mignot! Siempre come á dos carrillos!

(Ha anochecido completamente, y el teatro ha quedado desierto poco á poco: todas las tiendas se cierran; algunos archeros obligan á los descarriados á retirarse. La noche es oscura.)

ESCENA II.

Valentina, el Conde de Nevers, *dos pages.*

(Salen de la capilla: ella apoyada en el conde.)

Val. Aqui respiraré libremente: esa atmósfera me ahogaba.

Nev. ¿Os sentis mejor?..

Val. Si, ya estoy buena.— Mi padre no habrá advertido nuestra ausencia, porque nos cree orando todavia ante el altar del Señor.

Nev. (*afectuosamente.*) Estais triste, Valentina?

Val. No... no!.. Os engañais! Triste, ¿y por qué? Porque acabo de enlazarme al caballero mas noble y mas valiente de la Francia?

Nev. Pero vos misma fuisteis un dia á solicitar que él rompiese nuestra union: vos, encendida y ruborosa, le dijisteis que no le amabais... que amabais á otro!

Val. (*bajando la vista, y ocultando su conmocion.*) Es verdad! Pero... era un capricho inconcebible... una de esas pasiones que engendra en el alma de la muger, toda aventura romancesca y misteriosa. Vos sabeis el modo de que conocí á Raul, y desde entonces me le representé en mi imajinacion como el héroe de mis ensueños y de mis delirios, como el predestinado del cielo. Por eso fui á pediros que renunciaseis á mi mano, y cometí aquella locura, que vos tan generosamente habeis perdonado... y que yo no he podido perdonarme aun!

Nev. Será verdad? (*estrechando una de sus manos.*)

Val. Yo os lo juro: hoy me averguenzo de haberos podido humillar con tan pueril deseo; hoy que mido y comparo la inmensa diferencia que hay entre vos y el hombre que me ofendió tan cruelmente.

Nev. Valentina! (*amorosamente.*) ¿Y por qué no ha venido el cobarde á dar satisfaccion de su villana conducta? ¿Por qué se oculta escudado por la Reina Margarita?..

Val. (*con ansiedad.*) Vos sabeis que S. M. mandó recojerle la espada, dándole su castillo por cárcel, y que nosotros vinimos inmediatamente á Paris.— Conde de Nevers, yo os lo ruego: renunciad á ese fatal combate; no espongais vuestra vida por vengar un agravio que he olvidado al despreciarlo: no querais dejar viuda á la esposa que ha buscado en vos un amparo!

Nev. Pero...

Val. Os lo exijo: ó querreis desairar mi primer deseo?

Nev. Oh! no! aunque ignorais cuanto me costará renunciar á mi venganza.—Sin embargo, teneis razon, yo debo gratitud á Raul, porque de otra suerte él hubiera alcanzado el tesoro que hoy hace mi felicidad. Mas una sospecha, Valentina, una sospecha horrible amarga con

frecuencia esta ventura y cambia en tristeza mi alegria!

VAL. Una sospecha! ¿Y cuál?..

NEV. Quizás habeis accedido á nuestro enlace no mas que en obediencia á las órdenes de vuestro padre.

VAL. Olvidais que yo misma apresuré su realizacion?

NEV. Y ¿quién me asegura que tal vez el despecho..?

VAL. Lo podeis pensar?..

NEV. Ademas, nunca me habeis dicho una palabra de afecto; nunca una frase amorosa ha salido de vuestro labio...

VAL. Y qué importa? (*luchando penosamente.*) ¿Qué importa que el labio no lo diga?

NEV. Valentina!.. Decidme que me amais!

VAL. Acaso es posible no amaros?

NEV. Oh!

(Besando una de sus manos con transporte; en este instante aparece un escudero de la casa real con un pliego. Dirígese á uno de los pages y le pregunta:)

ESC. El señor conde de Nevers?..

PAGE. Aquel es.

ESC. (*dándole el pliego.*) De parte de S. M.

NEV. De S. M!..(*abriéndole y leyendo.*) El Rey me manda ir sin demora á palacio, para encargarme de una mision importante! Perdonad, Valentina: me es preciso obedecer al momento. Mas pronto estaré de vuelta para conduciros con la pompa y solemnidad debidas, á mi palacio.— Entrad al templo, y aguardadme. Adios, señora.

VAL. A Dios, noble conde.

NEV. (*al escudero.*) Vamos.

ESCENA III.

VALENTINA, *á poco* SAINT-BRIS, Y MAUREVERT.

VAL. (*á los pages.*) Dejadme sola. (*aquellos obedecen.*) Si: sola para llorar, que en vano quiero contener el llanto que sale de mis ojos! Cuan dolorosa ha sido la lucha, cuan terrible!.. Yo queria engañarme á mi misma, y aplacar así el dolor que me devora. Insensata! Apenas he conseguido engañarle á él.— Ah! no podré, no podré finjir siempre: en vano querré que se vea en mis labios la sonrisa, si mi corazon vierte lágrimas de sangre: si bajo las galas de la esposa, está el luto eterno de la muger y de la amante despreciada!— Alguien viene; es mi padre..! Quiero ocultarme á sus miradas! (*escóndese entre los pilares de la capilla.*)

BRIS. Valentina y el conde están orando todavia; y no saldrán hasta que nosotros vayamos en su busca. Este tiempo podemos aprovechar para ir á palacio á saber las últimas órdenes de la Reina.

MAU. Hoy es el dia de la venganza!

BRIS. Y para mi, completa, porque con el ilustre enlace de mi hija, está lavado el ultraje que nos hizo el villano Raul. Pero si alcancé en esto lo que anhelaba, no asi la satisfaccion de mi ofensa; y el cobarde, escondido en el palacio de la Reina, no hace sino dilatarla.

ESCENA IV.

Dichos, MARCELO.

(Marcelo se dirige primero al templo: viendo á Saint-Bris se llega á él.)

MAR. ¿Sabeis si estará en la iglesia el conde de Saint-Bris?

BRIS. Yo soy: que se os ofrece?

MAR. Mi señor, el noble Sir Raul de Nangis, me manda que os entregue este pliego de su parte.

BRIS. (*con alegria.*) Raul! (*abriendo el billete apresurado.*) Pues qué, ¿ha venido á Paris?..

MAR. Acaba de llegar de la Turena, acompañando á S. M. la reina de Navarra.

BRIS. (*terminando la lectura.*) Oh! Gracias al cielo! (*á Maurevert.*) Se atreve á darme una cita; me envia un cartel de desafio!

MAU. Es posible?

MAR. Qué escucho! (*aterrado.*)

BRIS. (*mostrando el billete á Maurevert.*) Esta misma noche, aqui, en el prado de los estudiantes, y dentro de media hora.

MAU. Debe venir á este sitio? La justicia del cielo nos le trae!

BRIS. (*á Marcelo que aguarda trémulo.*) Decidle que quedo enterado, y que le aguardaré.

MAR. Un duelo!.. Es preciso evitarlo. (*vase apresuradamente.*)

BRIS. Ocultaremos el cartel á mi yerno, porque el dia de su boda no debemos esponerle á los peligros de un combate.

MAU. (*con misterio.*) Ni á vos tampoco: Hay otros medios violentos quizás, pero que el cielo santifica.

BRIS. ¿Cuáles son?..

MAU. Dios lo quiere sin duda, y por eso nuestra soberana ha dispuesto para esta noche el esterminio de todos los herejes.

BRIS. Y bien?

MAU. Nosotros podemos anticipar la última hora de Sir Raul, y comenzar por él la destruccion de sus hermanos.

BRIS. Cómo?

MAU. Cuando venga á este sitio... Mas vamos hácia el Louvre, que nos cumple saber hasta los menores detalles del plan acordado, y de camino os daré cuenta de mi idea.

BRIS. Vamos, pues. (*vanse.*)

ESCENA V.

VALENTINA, *despues* MARCELO.

(Valentina sale de donde estaba oculta, pálida y aterrada.)

VAL. Cielos! Qué he escuchado! Qué horrible, qué criminal proyecto!— Asesinarle aqui, sin defensa, cuando venga á pagar noblemente una deuda sagrada!— Pero es menester impedirlo, no por él, sino por el honor de mi padre; no por él, porque yo.. yo le desprecio, yo no le amo... La compasion no más..— Calla, calla, corazon; no me digas, no me digas que miento!!— Y como salvarle, cómo?.. ¿De qué manera evitar que venga á este sitio, donde le aguarda el puñal alevoso?— Caballeros! Vosotros os llamais asi, y tendeis un lazo horrible al que es confiado, porque es valiente!

Caballeros! Mentis, mentis: no sois mas que villanos y traidores!— Conde de Saint-Bris, yo tengo verguenza ahora de ser vuestra hija, porque habeis deshonrado vuestros blasones, porque habeis mancillado vuestro nombre, porque os habeis tornado verdugo... ¿Y de quién? Del hombre que adoro, que idolatro!— Si: es preciso salvarle, aunque sea á costa de mi honor.!! Y si tal vez ahora..? Ay!.. yo me muero... yo.,. me muero! (*cae sobre las gradas de la capilla. Marcelo sale por la izquierda.*)

Mar. Si... aqui le aguardaré, para colocarme á su lado si quiere combatir, y para perecer con él si este es su destino.— (*viendo á Valentina.*) Una muger!.. pálida, sin sentido.... (*levantándola.*)

Val. (*abriendo los ojos.*) ¿Quién me llama?.. Ah! sois vos! (*dando un grito de alegria.*) Vos, el criado de Raul! El cielo me le envia!

Mar. Cómo!.. ¿Me conoceis?..

Val. Quién no ha visto al fiel Marcelo siempre al lado de su señor?— Escuchadme, porque los instantes son preciosos: Raul debe venir aqui, esta noche, dentro de un momento.

Mar. Lo sé.

Val. Pero tal vez ignorais que viene á batirse...

Mar. Tambien lo sé, pero Dios le protejerá.

Val. En nombre del cielo, decidle que no venga solo al combate!

Mar. ¿Pues qué peligros le amenazan? Acabad.

Val. No puedo revelároslos!

Mar. Mas ahora es imposible hablarle: yo mismo he corrido en su busca las calles de Paris: le he buscado inútilmente en su casa...

Val. Sin embargo, es indispensable que lo sepa! Quizás pende de este aviso su existencia.

Mar. Si me aparto de este sitio, entretanto el hierro homicida pondrá fin á sus dias: tal vez espirará llamando en vano á su fiel Marcelo. —Quien quiera que seais, señora, hablad claramente, decidlo todo! Tened compasion de este pobre anciano, al que solo retiene en el mundo el afecto de su Raul!

Val. No puedo, no puedo!

Mar. Entonces aqui le aguardaré, para protegerle, para salvarle, aunque sea á costa de mi sangre. (*viendo que Valentina se va á retirar.*) Esperad: ¿no me direis á quién debo tan saludable consejo?

Val. Es imposible, pero tratad de aprovecharlo.

Mar. Yo os seguiré á todas partes para pediros de rodillas que me reveleis cual es la traicion que amenaza á mi hijo, porque él, señora, él es mi hijo, mi delicia, mi sola esperanza!

Val. Respetad mi secreto, y dejadme!

Mar. (*en tono de amenaza.*) Vos lo sabeis todo y no quereis decirlo?— Señora, ¿quién sois ú os asesino? (*echando mano á su espada.*)

Val. (*temblando.*) Pues bien, una muger que le ama, que se espone á todo por él; que vela por sus dias, y que debe sin embargo olvidarle!

Mar. ¿Y por qué?.. (*conmovido.*)

Val. (*como involuntariamente.*) Nadie sabrá los tormentos, los combates entre el deber y el amor, que en adelante van á despedazar mi alma! Nadie sabrá la lucha eterna que habrá en el fondo de mi corazon.— Escuchadlo: por salvar la vida de Raul, no he vacilado en vender el secreto y quizás la honra de mi padre. Aunque yo espero que Dios me lo perdonará!

Mar. Si!.. No os arrepintais de tan noble sacrificio! Desde hoy pediré al cielo vuestra felicidad y vuestro reposo, y las súplicas de un anciano sin mancha, no las desoye jamás el Señor.— Pero decidme vuestro nombre, para que yo le reverencie y le adore como el de una santa!

Val. Es imposible!..

(Envuélvese en su velo y se pierde entre los pilares de la capilla; Marcelo permanece con los brazos tendidos hácia ella como para detenerla, y lleno de una religiosa admiracion.)

ESCENA VI.

Marcelo, *despues* Raul, Saint-Bris, *cuatro testigos*, Maurevert *por último, con hombres armados.*

Mar. Esperad... esperad... (*pausa.*) ¿Era una vision celeste, ó tan solo una muger piadosa y amante?.. Gracias, Dios mio, gracias, porque me habeis revelado los peligros que yo ignoraba!— Alguien viene. (*acercándose.*) Mi señor y el Conde de Saint-Bris.

Bris. Celebro vuestra exactitud, y no esperaba menos de tan acreditado valor.

Raul. (*con altaneria*) Si pudisteis creer otra cosa, por Dios que os engañasteis.

Mar. (*aparte mirando á Saint-Bris.*) Tal vez ese es el traidor! (*adelantándose.*)

Raul. ¿Quién va..? Marcelo, ¿eres tú? (*tendiéndole la mano.*)

Mar. Yo que vengo á deciros (*á media voz.*) que es menester diferir este combate.

Raul. Cómo?.. (*sorprendido.*)

Mar. Un ángel, una muger, no sé quien, ha venido aqui mismo á revelarme la traicion infame que os aguarda.

Raul. Tú estás loco! El cariño te hace delirar! Retirate, mi buen Marcelo, retirate, y deja que el cielo me otorgue proteccion, ó que termine una vida que á nadie le interesa.

Mar. Yo no puedo permitir que os entregueis á una muerte segura...

Raul. Antes te lo pedi como amigo; ahora te lo ordeno como amo: déjame!

(Marcelo se retira á un estremo: entre tanto han llegado los cuatro testigos del conde de Saint-Bris.)

Bris. (*presentándoselos.*) Estos son los testigos, cuya eleccion me dejasteis vos, fiado en mi hidalguia y en mi nobleza.— Señores, vosotros decidireis las leyes del combate, y sus condiciones. Os convenis, Sir Raul?

Raul. De buen grado, conde de Saint-Bris, que siendo vuestros amigos, créolos como á vos caballeros y leales. Decid.

Un Test. Os batireis hasta que la muerte decida de la victoria de cada cual. ¿Os convenis y lo jurais?

Todos. (*sucesivamente.*) Si.

Test. Un. Ningun otro que los aqui presentes, podrá tomar parte en la contienda. Las armas serán la espada y el puñal.— Que al que cumpla estas condiciones, le tenga Dios en conmiseracion si sucumbe; y al que no, que le castigue como es justo y debido.

(Mientras el testigo ha hablado, los demas han repartido las armas.)

Bris. Solo falta medir las armas y el campo.

(Dos testigos miden las espadas, y los otros dos marcan una distancia de siete ú ocho pasos.)

Mar. Si... no me engaño... alguien se acerca... No habrá nadie que pueda socorrernos?..

(Recorre la escena, observando las puertas de las tabernas, viendo en el fondo á Maurevert y á algunos hombres armados.)

Mar. Alli se ven relucir armas... aquellos son sin duda los traidores... Una palabra puede acelerar la muerte de Raul! Oh! Dios mio!.. Dios mio!! Tratemos al menos de venderla cara.

(Desenvaina su espada y se coloca detrás de Raul: en este momento comienza el combate.)

Bris. Ahora, señores, el cielo y la buena causa!

Raul. Comencemos.

(Riñen un instante: Maurevert se adelanta y designando á Marcelo y á los tres padrinos dice con voz fuerte.)

Mau. Traicion!.. traicion!.. Los hugonotes asesinan á nuestros hermanos!... Aqui, defensores del verdadero Dios!

(Un grupo de hombres armados, que estaban emboscados detrás del árbol grande, se lanza sobre Raul y sus los testigos. Marcelo se coloca delante de su amo, mienras los otros caballeros, espalda con espalda, hacen rente á los enemigos que los rodean por todas partes. En ste instante se escucha dentro de la taberna el coro que os soldados protestantes cantaron en la primera escena.)

Coro (*dentro.*)

Plan, rataplan, viva la guerra,
plan, rataplan, viva el amor:
vivan los ojos de las hermosas,
viva Calvino el Salvador.

au. (*gritando con voz fuerte.*) Defensores de la fé..! Socorro, aqui, socorro!

(Abrense las puertas de la taberna y salen los soldaos hugonotes: á su vista, Maurevert y sus parciales se tiran detrás de Saint-Bris y los dos caballeros, á tiem- que de la otra taberna salen los estudiantes y artesas atraidos por el estrépito.)

au. (*viéndolos.*) Estudiantes, traicion!.. Venguemos nuestras ofensas!

t. Si; si: venganza, venganza.

(Corriendo en ausilio de Maurevert y de los católicos.)

ug. A ellos... á ellos!!

(En el momento que los dos bandos van á acometerse, recen por la izquierda guardias y pages con la librea la casa Real: los pages traen antorchas alumbrando á la ina Margarita que vuelve á caballo á su palacio. Al ver a reina todos se apartan con respeto, y retroceden.)

ESCENA VII.

s mismos, Margarita *á caballo, seguida de su comitiva.*

ge! Plaza á S. M. la reina de Navarra!

g. La Reina!.. (*separándose y bajando las armas sgrimidas.*)

t. (*lo mismo.*) La Reina!

rg. (*despues de apearse del caballo.*) Como!.. n Paris mismo, ante los ojos de mi hermano y de vuestro Rey, os atreveis á cometer emejantes escesos! ¿Con qué no puedo entrar n mi palacio, sin que me estorben el paso la iscordia y la guerra?..

s. (*señalando á Raul.*) Y á quiénes debeis cusar? A aquellos cuya traicion nos obliga á emandar justicia!

l. Yo hablaré, conde de Saint-Bris, y para pedirla, contra vos, que habeis sido el cómplice, sino el gefe de un atentado cobarde, é inicuo!

Marg. ¿A quién debo creer?.. ¿Qué pruebas teneis vos (*á Raul.*) que justifiquen vuestra sospecha?

Mar. (*adelantándose.*) Yo puedo presentarselas á V. M., de que ellos son los que querian asesinar á mi señor. (*señalando á Saint-Bris y á los suyos.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, Valentina *en la puerta de la capilla, cubierta con el velo, pero sin la corona nupcial.*

Val. (*al oir la acusacion de Marcelo.*) Gran Dios!

Bris. De nada vale el testimonio de un villano.

Marg. (*con bondad á Marcelo.*) ¿Y por quién lo sabes tú?..

Mar. Por una muger, por un ángel, que se ha aparecido en este sitio para revelarme la traicion, para protejer á Raul y para salvar su vida.

Bris. Ese viejo miente, señora! Y sino, ¿dónde está esa muger?

Mar. (*Volviendo la cabeza, y viendo á Valentina en los escalones de la capilla.*) Alli!

(Valentina procura perderse entre la muchedumbre: su padre se lanza hácia ella, y arrastrándola al centro del teatro, la arranca el velo furioso.)

Bris. ¿Quién es mi acusadora? (*á Valentina que hace esfuerzos para desasirse.*) ¿Quién es el testigo de mi traicion? (*descubriéndola y dando un grito.*) Ah! Mi hija!! (*quedase anonadado.*)

Marg. y **Raul.** Valentina! (*esta se refugia en los brazos de Margarita.*)

Raul. (*conmovido, á la reina.*) Cómo! Y sin amarme!

Mar. Nunca ha amado sino á vos.

Val. (*queriendo impedir que la reina hable.*) Señora!

Raul. Y no la vi yo en casa de Nevers?..

Marg. Solo fué á pedir al conde que rompiese un himeneo odioso.

Raul. Como!.. (*fuera de si y dirijiéndose al conde de Saint-Bris.*) Perdon señor, por la ofensa que os hice, creyendo culpable á Valentina; aceptad mi reparacion pública y solemne, y devolvedme lo único que puede hacer mi felicidad.

Bris. (*levantando la cabeza y con alegria.*) Entonces, ¿tú la amabas?

Raul. Con delirio!

Bris. (*lo mismo, é imponiendo silencio á Valentina que quiere hablar.*) ¿Y la amas aun?..

Raul. Mas que nunca!

Bris. Pues juzga tú mi alegria; me pides la mano de mi hija, le juras un amor eterno; te arrastras á mis pies para conseguirla, y ella... ella está ya casada con otro!

Val. (*ocultando el rostro entre las manos.*) Oh!.. Dios mio! (*este final debe ser muy rápido.*)

Marg. y **Raul.** Casada!!

(Aparece en el rio una gran chalupa elegantemente adornada é iluminada, ocupada por músicos, pages ademas, y todo el acompañamiento de la boda: en primer término se vé al conde de Nevers: una música dulcísima anuncia su llegada.)

Bris. (*señalando hacia el rio;*) Y aquel es su esposo, que viene á reclamarla!

Raul. (*con desesperacion y dolor.*) Casada!.. casada!

(Desembarca el conde de Nevers; Saint-Bris toma de la mano á su hija y la arrastra hácia aquel. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un salon en el palacio del conde de Nevers. Retratos de familia decoran las paredes. En el fondo una gran puerta, y una ancha ventana gótica. A la izquierda del espectador una puerta mas pequeña que conduce á la alcoba de Valentina. A la derecha del espectador, y en primer término, un balcon que da á la calle.

ESCENA PRIMERA.

Val. (*sentada, y en el mayor abatimiento.*) Ya estoy sola en mi casa: ya puedo desahogar mis penas con el llanto, y dar suelta á mi reprimido dolor. Dios mio! por qué me habeis sentenciado á este martirio eterno?.. El me amaba tambien, y una sospecha no mas ha podido destruir para siempre la ventura que nos aguardaba! Ya que el cielo ha consentido tan funesto himeneo, por qué no ha borrado al mismo tiempo esa imágen, esa imágen querida que está grabada aqui en el fondo de mi corazon? Ah!.. en vano querré olvidarle: en vano procuraré estinguir la llama que me devora y que me mata. Yo sé que es un crimen amarle, y sin embargo, en todas partes le veo y en todas partes le adoro, lo mismo junto al esposo que aborrezco, que al pié del ara santa, á donde busco un refugio! —Señor, Señor!.. Socorredme, amparadme!..

ESCENA II.

Valentina, Raul *que aparece en la puerta del fondo.*

Val. Ah!.. Es él!.. Sois vos?.. (*levantándose asustada.*) ¿Qué me quereis?

Raul. (*con aire sombrio.*) Si: yo que he entrado como un criminal en esta casa, cansado de sufrir y de padecer, solo para que sepais mi desesperacion y mis tormentos...

Val. (*cada vez mas agitada.*) En nombre del cielo, os lo repito, ¿qué quereis?

Raul. Nada, señora; he deseado veros antes de morir!

Val. Morir!.. Será posible?.. Y vos no sabeis sin duda que mi padre, que mi esposo...

Raul. (*friamente.*) No ignoraba que podia encontrarlos en este sitio, que los encontrarè seguramente... Pero, ¿no os he dicho que quiero morir, Valentina?

Val. Oh!.. Huid, huid por Dios!

Raul. No: aguardaré sus golpes, esperaré á que me hieran aqui... ¿acaso no es nada espirar á vuestro lado?

Val. Raul!

Raul. Yo os amaba con delirio, vos me amabais tambien: no lo negueis, yo lo sé; los dos hubiéramos sido felices... Y nos han arrebatado esta ventura! Jamás sabreis lo que yo he sufrido; y al perderos, al perder mi felicidad, he pensado que era menester morir, porque la vida!.. (*sollozando.*) la vida sin vos, Valentina... es mil veces peor que la muerte!

Val. Pues bien, si algo puedo sobre vos, renunciad á tan fatal proyecto: vivid para el honor, para la gloria, para la patria; para que cuando sumida yo en mi dolor oiga pronunciar vuestro nombre como el de un héroe, pueda sonreir con orgullo diciéndome. «Por mi; todo, todo eso es por mi!»

Raul. Qué decis?

Val. Pero marchad de aqui, yo os lo suplico!—Ya no me es licito veros!

Raul. ¿Por qué hemos nacido tan desgraciados?..

Val. Yo rogaré al cielo para que mi Dios sea tambien el vuestro; para que su voz llegue á vuestra alma; y olvidándolo todo, nos reuna á los dos en esa mansion celeste, donde podremos amarnos sin obstáculo y sin remordimiento alguno!

Raul. (*escuchando.*) Alguien viene!

Val. Huid!

Raul. No, no, quiero quedarme, y si os amenazase algun riesgo...

Val. (*que ha ido á mirar por la puerta del fondo, y volviendo asustada.*) Mi padre!.. Mi esposo.!! (*á Raul en tono de súplica.*) Siquiera por mi honor, evitad que os vean! En nombre del cielo, huid!

Raul. Vuestro honor?.. Teneis razon: debo obedeceros! (*disponiéndose á marchar.*) Ya es imposible salir sin que me vean.

Val. (*fuera de si.*) Dios mio!!

(Levantándo la tapiceria que cubre la ventana del fondo del teatro.)

Aqui, ocultaos aqui!

ESCENA III.

Raul, *oculto;* Valentina, el conde de Saint-Bris, e*l* de Nevers, Tavannes *y otros señores católicos.*

Bris. (*á los que entran con él y le rodean.*) Si, la voluntad de S. M. es que nos reunamos en este sitio, porque ha llegado el momento de revelaros á todos los proyectos que el cielo protege y que ha mucho tiempo inspiró sin duda á Médicis.

Val. Yo tiemblo!.. (*ap.*)

Bris. (*volviendose y viendo à Valentina, con severidad.*) Dejadnos!

Val. Padre mio!

Bris. Os lo repito, salid de aqui.

Nev. (*tomando á Valentina por la mano.*) ¿Y porqué?

Bris. Vos me lo preguntais?.. Pues bien, porque. (*conteniéndose.*) Porque no debe hallarse presente una muger, cuando van á tratarse asuntos de tan grande importancia.

Nev. Pero cuando esa muger es la esposa lejitima del conde de Nevers, y la hija del de Saint-Bris, cuando todos conocen sus virtudes y su celo por la relijion católica, no puede haber obstáculo para que ante ella se espliquen las órdenes de la Reina, y los preceptos de Dios.—Sentaos, señora: este es vuestro sitio.

(Valentina trémula se deja caer en un sillon junto á su marido: los demas toman asimismo asiento.)

Bris. (*reprimiendo su enojo.*) Pues que asi lo quereis, sea.—(*sientase: á los caballeros en tono solemne.*) Inútil es, señores, presentar á vuestra vista el cuadro de los desastres públicos ni la situacion á que se vé reducido el culto de

vuestros padres. Inútil es asimismo encarecer la necesidad de poner pronto término á tanta demasia y á tanto escándalo. No hay uno de los que me escuchan que no se halle persuadido de esta urgencia, ni que vacile para aplicar sin demora el oportuno remedio.—Conociendo S. M. la augusta Reina madre, que puede contar mas que con nadie con vosotros, me ha encargado de congregaros para deciros, que ha llegado el momento de librar al pais de una guerra impia, cuyos gérmenes se han esparcido profusamente por todas partes. ¿No son estos vuestros deseos?

TODOS. Si.

BRIS. ¿No quereis, como yo, esterminar á los enemigos del Rey, del cielo, y de la patria?..

TODOS. Si.

BRIS. Pues bien, Dios que nos protege, ha suspendido ya sobre sus cabezas, la espada amenazadora: la raza sacrílega de los hugonotes debe desaparecer desde hoy para siempre de la sobrehaz de la tierra.

RAUL. (*levantando la tapiceria y escuchando.*) Que oigo!

VAL. Cielos! (*mirando con congoja hácia Raul.*)

BRIS. Esta noche, cojidos en un lazo hábilmente dispuesto, esta misma noche debemos quedar vengados con la muerte de todos ellos.

NEV. (*levantándose con impetuosidad.*) ¿Quién los condena?

BRIS. Dios!

NEV. ¿Quién ha de herirlos?

BRIS. Nosotros!

NEV. (*con violencia.*) Nosotros?

BRIS. Puede contar el Rey con vuestro brazo, señores?

TODOS. (*menos Nevers.*) Lo juramos!

BRIS. Como! Solo vos guardais silencio?.. (*á Nevers*)

NEV. ¿Y no sabeis por qué?.. Porque la indignacion y el dolor han atado hasta ahora mi lengua; porque el asombro y la ira han embargado mi voz al escuchar ese lenguaje! Quereis que hiramos á nuestros enemigos indefensos?.. Quereis que en vez de la espada del caballero esgrimamos el puñal del asesino?

BRIS. Cuando el Rey lo ordena...

NEV. Cuando el Rey, engañado quizás, ordena una traicion ó una alevosia, no debe ser obedecido por el que noble se llame; cuando invoque el honor y la lealtad, suya es mi vida si la necesita, como es suyo mi brazo; pero pretender que manche mis blasones con una vileza y una cobardia, eso es en vano; (*señalando á los retratos que adornan las paredes.*) porque entre esos mis ilustres ascendientes, con cuya gloria me envanezco, se cuentan infinitos soldados, pero asesino, ninguno!

BRIS. Os negais á servir la causa de la patria?

NEV. No; pero reniego la del deshonor y la del oprobio: la causa de la patria no puede ser nunca sino santa y noble; y vosotros al venir á proponerme una infamia que me sonroja, no habeis pensado que soy un caballero y no un verdugo. Vosotros mentís, é insultais á Dios pretendiendo que puede proteger semejante atentado: si él lo consintiera, yo abrazaria aqui mismo la relijion de mis enemigos; vosotros mentis, porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva!

TODOS. (*levantándose.*) Qué osadia!

BRIS. Volvereis las armas contra vuestros hermanos, os declarareis en favor de los que nos combaten?..

NEV. No, pero romperé mi espada, (*lo hace.*) antes que prostituirla y envilecerla; me cortaré la mano primero que levantarla para el asesinato!

VAL. (*con emocion.*) Oh!.. Cuán noble es!

NEV. Yo quiero ademas evitar á la Francia la afrenta y el borron de semejante crímen; yo quiero ver al rey para decirle que le habeis engañado; para que no manche su nombre con una traicion inicua; y para que no se vierta sangre inocente y esclarecida.

BRIS. Y no sabeis que yo lo estorbaré?..

NEV. De qué modo?..

BRIS. Hola!

(Dando una voz: al oirle se abren las puertas del fondo, y aparecen los regidores y alcaldes de París, y los gefes del pueblo armados.)

Apoderaos del conde de Nevers; hasta mañana le tendreis en seguridad y á buen recaudo; acordaos de que á vosotros os hago responsables de él.

NEV. (*sin poder casi hablar de furor.*) ¿Con que no habeis escaseado ningun medio deshonroso para tan vil delito? Con que contabais hasta con la fuerza para someter á todos á vuestra voluntad?.. Y os llamais nobles, é invocais el nombre de la patria!! Conde de Saint-Bris, yo me averguenzo de ser vuestro yerno...

VAL. (*corriendo hácia él con angustia.*) Qué decis?

NEV. Si, tanto como me glorio de ser vuestro esposo. Conde de Saint-Bris, hoy habeis roto vuestros blasones, y manchado el lustre de vuestra estirpe; conde de Saint-Bris, los asesinos no pueden levantar la vista antes los hombres honrados, y vosotros todos no sois mas que asesinos y traidores...

TODOS. (*con furor.*) Cómo!..

BRIS. (*á los hombres armados.*) Llevadle.

NEV. Si, traidores... traidores...

(Los armados se llevan casi arrastrando á Nevers, que con lábio balbuciente de ira pronuncia las últimas palabras, y cae desmayado.)

VAL. (*corriendo hácia su padre.*) Señor, piedad, piedad!

BRIS. Ahora no teneis ya quien os proteja, y yo os mando retiraros!

VAL. Padre!

BRIS. Obedeced! Retiraos!

(Con tono enérgico y absoluto: Valentina se va demostrando con un ademan de terror la angustia que la domina; y dirijiendo una mirada á la ventana donde se halla oculto Raul.)

VAL. Oh!.. Dios mio!.. Dios mio!

ESCENA IV.

EL CONDE DE SAINT-BRIS, *los demas caballeros, y los regidores y hombres del pueblo.*

BRIS. Olvidemos, señores, tan pueriles escrúpulos, y perdonemos su loca indignacion; nuestro ejemplo y mis persuasiones le convertirán á nuestras ideas. Entre tanto, no perdamos un momento, disponiéndonos á dar el golpe con la presteza y celeridad que el caso requiere. Vos-

otros, nobles caballeros, ya sabeis vuestro deber, que Dios y el rey recompensarán, si le cumplís fielmente. (*á los regidores y alcaldes.*) En cuanto á los dignos gefes de la buena ciudad de Paris, que no han sido sordos á nuestra invitacion, á vosotros os toca hacer que se derrame la muchedumbre por este rico cuartel, y que ocupando sus calles, á una señal dada levanten todos el brazo para el esterminio de los hereges. (*á uno de los gefes.*) Tú, de Besme, rodearás con los tuyos la casa del Almirante: él debe ser el primero que perezca. (*á otro.*) Vosotros ireis al palacio de Sens, donde los principales gefes de nuestros enemigos celebran esta noche el enlace de Margarita con Enrique de Navarra. Cuando suene por primera vez la campana de S. German, entonces preparad vuestras armas para esgrimirlas contra los hereges. Ahora, retirémonos en silencio, y procuremos cumplir la obra á que la voluntad del Redentor nos llama. A media noche!

Todos. (*repitiéndolo entre sí.*) A media noche... á media noche. (*vasen silenciosamente acompañados de Saint-Bris.*)

ESCENA V.

Raul, *despues* Valentina.

(Raul levanta lentamente la tapicería; se cerciora de que todos se han marchado, y se lanza hácia la puerta del fondo: pero al mismo tiempo se oye cerrar por fuera con cerrojo. Entonces se dirije á la puerta de la izquierna, y Valentina sale en aquel instante de su habitacion.)

Val. A dónde vais?..

Raul. No habeis oido? A socorrer á mis hermanos; á revelarles ese plan sanguinario, á armar sus brazos vengadores, para que rechacen á nuestros viles enemigos.

Val. Pero esos enemigos... son mi padre; son mi esposo á quien ahora venero... Y querriais inmolarlos?..

Raul. Solo quiero castigar á infames asesinos!

Val. No los llameis asi; llamadlos hombres fanatizados y crédulos!

Raul. Su Dios les ordena la matanza de los franceses! Su Dios exije victimas...

Val. No blasfemeis, Raul, de aquel cuya piedad proteje vuestros dias! Ah!.. No salgais!

Raul. Que no salga?.. No veis, señora, que es un crimen horrible permanecer aqui un instante?.. ¿No veis que la sangre que deje verterse, va á caer sobre mi cabeza, y que el cielo me pedirá cuenta estrechísima de ella?

Val. Pero correis á una muerte segura!!

Raul. Qué me importa si logro salvarlos? No hay un momento que perder: el tiempo vuela y los minutos se hallan contados para nosotros. Quieren inmolar á mis hermanos!.. Señora, dejadme, dejadme partir!

Val. Por vos espongo mi vida, mi honor, mi reputacion, todo! Si alguien os vé aqui, quedaré deshonrada para siempre. Y sin embargo, yo lo olvido, con tal de que no os espongais á los peligros que os amenazan, con tal de que debais la vida á este sagrado refugio!

Raul. Dejadme!

Val. Oh!.. mil veces no! No pasareis esta puerta!

Raul. Y quién me lo impidirá?

Val. Yo! (*colocándose en el dintel.*)

Raul. No me hagais ser culpable escuchandoos

Val. No lo soy yo tambien al deteneros?—Y con todo, no veo nada mas que el riesgo de vuestra vida!—Raul, Raul, si es verdad que me habeis amado alguna vez, si conservo algun imperio sobre vos, si me amais todavia...

Raul. Mas que nunca, yo os lo juro, mas que nunca! Yo os daria, si lo exijieseis, hasta la última gota de mi sangre; pero sacrificar á mis amigos, á mis hermanos, eso jamás!

Val. Pues bien, ya que es en vano suplicaros, ya que solo mi desgracia puede preservar vuestra vida; si es menester perderme para salvaros... quédate Raul, quédate... porque yo te amo!

Raul. Cómo! Será posible! Tú, tú me amas?

Val. Que dije?.. Dios mio!.. perdon, perdon!

Raul. Si, tú has dicho que me amas, y no, no mentias, porque yo lo he leido en tus ojos porque yo he visto aparecer el rubor en tu frente, y sonrosearse tus megillas! Ah! Mi ser todo ha cambiado con esa palabra: tú me has transportado á un mundo nuevo, á una mansion de ventura y de delicias! Pero habla, habla; prolonga un instante siquiera mi dicha; repiteme que me amas, y si es un sueño, Valentina mia, no me despiertes, no me despiertes por Dios!

(Cae á sus pies, llevando á los lábios con delirio una de las manos de Valentina: en este momento se oye á lo lejos el sonido de una campana.)

Val. Raul, Raul!

Raul. (*levantándose y como saliendo de un sueño*) Oyes ese sonido fúnebre?.. Escuchas?..

Val. Que horror! (*ap.*)

Raul. Ese es el anuncio sanguinario, ese aviso de que comienzan la traicion y la venganza! (*llevándose la mano á la frente y coordinando sus ideas.*) Oh! Dónde estoy?..

Val. Aqui, á mi lado, al lado de tu Valentina!

Raul. Si, es la horrible señal de la muerte de mis hermanos! Y entretanto yo los olvidaba entregándome á una pasion criminal!.. Señora, dejadme, dejadme: nada quiero escuchar: voy á defenderlos, ó á morir con ellos!

Val. (*colocándose delante de él, fuera de sí.*) No salgais, no salgais! Raul, en nombre del cielo no me abandoneis!

Raul. Dejadme!

(Encaminándose á la puerta de la derecha: Valentina con un movimiento rápido se interpone, da una vuelta á la llave y la arroja por el balcon.)

Val. Ah!.. No saldreis!

Raul. Señora!.. Qué habeis hecho?

Val. Salvaros! Ahora, si necesitais una victima herid, he aqui mi pecho!

Raul. Dios mio!.. Sostened mi valor! (*Quédase indeciso: las campanas se vuelven á oir con mayor violencia.*) Escuchais ese toque terrible? (*lanzándose á la ventana del foro.*) Oh! mira, mira nadando en el rio los cadáveres ensangrentados! Y me detienes aun!

Val. (*abrazándole con terror.*) Vés, vés?.. Te matarian, y yo moriria de dolor!

Raul. (*en la mayor turbacion y zozobra.*) Y como resistir á sus lágrimas, cómo? (*oyése de nuevo tocar á rebato, asi como ruido de armas: Raul lanza un grito de horror.*) No, no: es imposible: yo no puedo consentirlo: yo no quiero

cobarde cómplice de semejante traicion!... (*agitando con violencia las dos puertas de la sala que se hallan cerradas y que son muy sólidas.*) Cerrada! Cerrada tambien!

VAL. (*echándose á sus pies, y abrazando sus rodillas.*) Raul, Raul, por piedad!

RAUL. Déjame: el honor me ordena que vaya á protegerlos! (*haciendo esfuerzos para desasirse de Valentina, y arrastrándola en pos de si.*) Suéltame... suéltame!.. (*con un esfuerzo mayor que los demas, se separa de ella y se arroja hácia el balcon por el que salta á la calle.*) Dios mio! (*desde el balcon y viendo á Valentina de rodillas y casi desmayada.*) Pretegedla, y protegedme!

VAL. (*dando un grito agudo.*) Ah!.. Socorro... socorro... socorro!..

(Intenta arrastrarse hácia Raul, pero le faltan las uerzas y cae sin sentido en tierra.—El toque á rebato ontinua oyéndose sin intermision.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa una plaza pública: en el fondo l palacio de Sens espléndidamente iluminado, y por cuos salones se vé circular un gentio inmenso, oyéndose orquesta del baile. A la izquierda una iglesia gótica: 1 su peristilo una efijie de la Virgen alumbrada por una mpara: á la derecha diferentes calles que desembocan 1 la plaza.—Al levantarse el telon se oye tocar á reato con igual violencia que al concluir el acto anterior, una gran muchedumbre de pueblo, en su mayor parte igonotes, circula con agitacion por el ámbito de la pla-, formando animados grupos.

ESCENA PRIMERA.

Hombres y mujeres del pueblo.

OMBRE 1.° Todavia no se acabó el baile?

UJER 1.ª Ni trazas: mira, mira como están los salones de gente.

OMBRE 1.° Y qué orquesta! Qué lujo!

UJER 1.ª ¿Ves aquella que pasa ahora con tantos brillantes, cojida del brazo de ese joven tan guapo qne saluda á todo el mundo? Pues son la hermana del rey, la princesa Margarita, y su esposo el rey de Navarra.

OMBRE 2.° No oyes como tocan? (*á su mujer.*) Habrá fuego?

UJER. No que tocan mas de prisa.

OMBRE 2.° Qué será? Si entrarán los enemigos en Paris y acaso?..

OMBRE 3.° (*á otros.*) Como os lo digo, en la calle de la Ferronnerie han asesinado á tres.

OMBRE 4.° Pues qué habian hecho?

OMBRE 3.° Nada, cantar el himno de Lutero. Acaban de decirme que tambien en la plaza del Chatelet, persiguen á cuantos son hugonotes.

OMBRE 4.° Y ese toque de rebato, ¿qué significa?

OMBRE 3.° Que van á pasar á deguello á todos os herejes.

OMBRE 1.° Oyes? Algo ocurre en Paris esta noche. Muger, retirémonos á casa.

OMBRE 5.° (*entrando apresurado.*) Amigos mios, las armas, á las armas: nuestros hermanos acosados como lobos feroces, caen bajo los golpes de nuestros enemigos. En todos los barrios de la ciudad se los persigue y se los degüella. Venganza, pues, venganza! (*Gran rumor de espanto é indignacion entre la muchedumbre, confusion, gritos.*)

ALGUNOS. A las armas!..

UNA MUGER. Dios mio! A casa, á casa!

OTRAS. Corramos... corramos.

TODOS. Venganza... venganza!

(Tumulto: unos corren hácia las calles del fondo; otros forman grupos é interrogan á los demas: las mujeres con voces de espanto corren llevándose á sus hijos, ó arrastrando tras de sí á sus maridos: Raul aparece ahora saliendo por la derecha, pálido, empolvado, y fuera de sí.)

ESCENA II.

Dichos, RAUL.

RAUL. A dónde vais, hijos de Lutero?.. ¿Vais á recibir la muerte como valientes, ó á esperarla cual timidas ovejas?.. A las armas, á las armas! Volad á vengar los manes de nuestros hermanos asesinados. Las aguas del Sena corren tintas ya con su sangre. Los verdugos vendrán aqui á buscaros dentro de un instante.

UNO. Es imposible! Yo no puedo creer crimen tan horrible, traicion tan odiosa!

RAUL. Tampoco yo podia creerlo, hasta que mis ojos lo han contemplado á la luz de sus fúnebres antorchas; he visto á los frenéticos soldados herir á hombres sin defensa: yo mismo he visto asaltar la morada de nuestro gefe, y hundir cien puñales á la vez en el noble pecho de Coligny.

TODOS. Oh!

RAUL. Los que no se atrevian á mirarle de frente cuando vivia, se disputaban el honor y el placer de insultarle despues de muerto; aquellos que poco antes besaban humildemente sus huellas, le escupian entonces al rostro y le escarnecian.—Hermanos mios, nadie se escapa del hierro de los cobardes; ni el joven, ni el anciano; ni la doncella orando ante la efijie divina, ni el niño adormido en el regazo de su madre. Todos, todos son inmolados! ¿Ois ese clamor fúnebre que resuena? Pues es la señal de nuestra ruina y de nuestro esterminio. Si hemos de parecer, muramos al menos como valientes, y vendiendo caras nuestras vidas. A las armas, hijos de Lutero, á las armas!

TODOS. Si, si, á las armas!

RAUL. Venganza! Corramos á socorrer á los mártires y á los héroes!!

TODOS. Corramos!

(Dispérsase la turba por diversos lados: Raul entra velozmente en el palacio de Sens, y se le vé atravesar los salones dando el grito de alarma. Todos los concurrentes se ponen en movimiento: las damas asustadas bajan las primeras y entran en sus literas ó sillas de manos. Confusion, movimiento en el palacio: á lo lejos gritos y ruido de armas.)

ESCENA III.

MARCELO, *que sale por la derecha inquieto y azorado; alguna gente del pueblo, despues* RAUL, DE RETZ, THORE, COSSE, MERU *y caballeros.*

MAR. Dónde estará, Dios mio, dónde? Decidme,

quien de vosotros ha visto al noble Sir Raul de Nangis, quién? Nadie responde! — Decidme dónde está mi hijo?.. No sabeis que él es mi solo bien, y mi única felicidad?.. Respondedme, le habeis visto?.. Vive, ó?.. (*sollozando.*) Ah!.. si ha muerto, no, no me lo digais!! (*corriendo á la efigie de la Virgen y postrándose ante ella.*) Virgen Santa, Madre del solo Dios verdadero!.. Devolvedme mi hijo... mi hijo... mi hijo!

(Cae de frente sobre el pavimento, estendiendo las manos hácia el nicho: en aquel instante vuelve á aparecer Raul en la puerta del palacio de Sens, con la espada desnuda: le siguen algunos caballeros católicos, y entre estos Cossé, Thoré, de Retz, Meru, y muchos mas hugonotes.)

Raul. Al Louvre, al Louvre, señores: allí está el tirano; pidámosle á él cuenta de tantos crímenes y de tanta sangre!

(Al oir la voz de Raul, se levanta Marcelo, y corriendo hácia él, cae á sus pies abrazando sus rodillas.)

Mar. Él... es él!.. Raul mio!

Raul. No me detengas, mi buen Marcelo; no me detengas cuando vamos á evitar el martirio de mis compañeros.

Mar. O alcanzar tal vez el vuestro!..

Raul. Y qué me importa?.. Gracias, nobles amigos. (*dando la mano á los caballeros católicos.*) Gracias; vosotros abrazais la causa de los hugonotes, aunque vuestra religion sea diferente.

Retz. Si es otra la religion, la causa del honor y de la humanidad es siempre la misma. Los que asesinan á tus hermanos, Raul de Nangis, no son católicos, ni caballeros: son no mas que verdugos!

Cosse. Evitemos que sobre el culto purísimo de Jesucristo, caiga tan fea mancha y tan negro borron. Dios ayudará nuestro brazo, porque defendemos el esplendor y la gloria de su nombre!

Raul. (*abrazándoles.*) Oh! teneis razon... los asesinos no son mas que asesinos!

Tho. Ahora, amigos y señores, seamos los defensores de los protestantes; y corramos á protegerlos!

Todos. Si, corramos!

(Todos desenvainan los aceros, pero al ir á salir por la derecha, aparece el conde de Nevers, herido y demudado.)

ESCENA IV.

Dichos, el Conde de Nevers.

Nev. A dónde vais?

Retz. A vengar la causa del catolicismo deshonrada por los que católicos se llaman.

Nev. No: vais á morir como yo tal vez. Los feroces sicarios vuelven sus armas contra los que tratan de arrancarles sus víctimas.

Retz. Estais herido?

Nev. Despues de haber logrado evadirme de la prision, donde los traidores me encerraron, me ha cabido la gloria de esta herida salvando á una pobre muger que defendia valerosamente al fruto de sus entrañas; pero he libertado á aquellas dos inocentes existencias, tal vez á costa de la mia!

Raul. (*adelantándose, y llevando una de las manos de Nevers á sus lábios con veneracion.*) Conde de Nevers, deja que te admire y que te abrace!

Nev. Noble Raul, sálvate: si un dia pude ser tu enemigo, hoy ya no soy mas que tu defensor y tu escudo. (*en voz baja.*) Todo lo sé... Valentina, frenética de dolor, me ha revelado completamente la verdad; sé tu generosidad y tu virtud: sé que la despreciaste porque no la creiste pura; y por último; sé tambien que hace un momento, no has temido esponer tu vida has desoido los ruegos de una mujer amante por salvar á tus compañeros proscritos. Raul si tu me aprecias y me respetas, yo te admiro y reverencio. Quieres aceptar la mano del contrario trocado en amigo; quieres olvidar nuestro antiguo rencor, dándome el dulce nombre de hermano?..

Raul. (*conmovido.*) Si!

Nev. Y vosotros, ilustres caballeros, quereis santificar este pacto de amistad y de parentesco

Todos. Si.

Nev. Pues bien, Raul de Nangis, hermano mio dame los brazos!

Raul. (*precipitándose en ellos.*) Hermano!.. hermano!

Nev. (*llevándole á un lado.*) Ahora escúchame Raul: si yo perezco y tú me sobrevives, sé el apoyo de aquella pobre muger desvalida, que quedaria espuesta sino al odio, á las violencias de un padre implacable y cruel: sé tú su protector, hermano mio, me entiendes?..

Raul. Ah!..

Nev. Sea ese el justo premio de vuestras virtudes y de vuestro amor! Pero yo quisiera obtener de tí una gracia... quisiera que tú fueses católico!

Raul. Nunca!

Nev. Ya ves que tambien los hay nobles y justos ya ves que los traidores y los verdugos no tienen patria ni religion!

Raul. Yo respeto la tuya, hermano: respeta tú asimismo la mia!

(Una turba inmensa de hugonotes de todas edades sexos y condiciones, atraviesan corriendo el teatro y van á buscar un asilo en el templo, entrando por una puerta que no está á la vista del espectador.)

Las Mujeres. Piedad... piedad!

Los ancianos. Socorro... socorro!

Una mujer. Busquemos en el templo un refugio sagrado. (*desaparecen.*)

Nev. Lo ois?.. Nadie escapa de su furor!! Llegó el momento de defenderlos, ó de morir.

Todos. Si, á ellos!

Nev. A ellos, y Dios nos proteja.

(Aparecen los soldados católicos en persecucion de los hugonotes: Raul, Nevers y los demas se les ponen delante, aunque inferiores en número, y combaten con ellos retrocediendo: los protestantes llevan lo peor de la lucha.)

Retz. Atrás, cobardes asesinos!

Nev. Atrás.— Yo defenderé tu vida, hermano. (*á Raul.*)

Soldados. Mueran... mueran! (*los acuchillan.*)

ESCENA V.

El teatro queda desierto breves instantes, oyéndose solo el rumor de las armas, y el sonido de las campanas: á poco sale Raul herido en la mano derecha y sostenido por Marcelo, que no se ha separado de él un instante.

Mar. Aqui, aqui... venid á este sitio! Dejad que yo restañe vuestra sangre, y que vende vuestra herida!

Raul. Ha muerto! (*saliendo de su enagenamiento y suspirando hondamente.*)

Mar. Si, como un valiente y como un católico, por defenderos! El me ha conservado mi hijo! Dios le dará un asiento en su gloria!

Raul. (*sin escucharle.*) Ha muerto el noble conde!.. Ha muerto mi valeroso hermano! Ah!.. Por qué yo le sobrevivo? (*sollozando.*)

Mar. Para que protejais la vida de la pobre viuda, de la hija tiranizada y oprimida.

(Marcelo ha vendado la mano de Raul con un pañuelo, y le ha hecho sentar en los escalones del templo.)

Raul. Esos pensamientos son un crimen en semejante ocasion, cuando mis hermanos perecen á centenares, cuando mi ilustre contrario espira por salvarme! Por qué hasta esta herida me impide vengar su muerte?..

Mar. Ved en eso la mano del Omnipotente que no os abandona. Hijo mio, hijo mio, ¿por qué no adorais el Dios que adora vuestro padre?

Raul. Calla! (*levantándose fuera de si.*) Déjame que los proteja! Mi espada, mi espada!.. Aun tengo una mano con que defenderlos!

(Arrancándole la espada á Marcelo, y lanzándose hácia a derecha: en aquel momento aparece Valentina y dos ages con antorchas.)

Mar. Señor... señor!.. (*procurando impedirlo.*)

Val. Deteneos, Raul.

ESCENA VI.

Dichos, Valentina, *dos pages.*

Val. Raul, os buscaba por todas partes: iba delirante, frenética á pedir á la Reina Margarita que os protegiese y que os libertase!

Raul. Valentina!

Val. Tomad esta banda blanca: ese es el distintivo de los católicos; ceñidla á vuestro brazo, y con ella llegaremos libres hasta el Louvre, donde la Reina en su clemencia me otorgará vuestra vida!

Raul. Con qué condiciones?

Val. Con la de aceptar nuestro culto.

Raul. Nunca!

Mar. Ni ahora que podeis amarla sin crimen?..

Raul. (*con entusiasmo.*) Viuda de Nevers!.. Pide al cielo por el descanso de tu esposo, que ha muerto salvando la vida de su rival y de su contrario!

Val. Ah!

(Dando un grito de dolor, y cayendo de rodillas ante efijie de la Virgen: en el mismo instante se oye dentro l templo el cántico de Lutero que entonan los hugonos que han buscado allí su asilo.)

Raul. (*á Marcelo.*) Mis hermanos refujiados en el santo templo, piden á nuestro Dios clemencia y misericordia! Si, esperadla de Dios, ya que no podais de vuestros verdugos! (*Valentina se levanta y se enjuga las lágrimas que ruedan por sus mejillas.*) Llorad, llorad, Valentina, porque vos ignorais de cuanta nobleza, de cuanta magnanimidad habia dotado el cielo á vuestro esposo: vos no le conoceis sino despues de perderle; yo solo le conocí para perderle! (*ocultando el rostro entre las manos.*)

Mar. (*llegándose á Valentina y con tono grave y solemne.*) Y no sabeis cuáles fueron sus últimos deseos, cuáles sus últimas esperanzas?... Que Raul abrazase el catolicismo; que Raul fuese vuestro protector y vuestro esposo!

Val. Cómo!!

Mar. Si, hijo mio; cuando el cielo ha consentido que vuestros hermanos perezcan de esa manera, no debeis creer que esa relijion es acepta á sus ojos, porque sino os hubiera protejido; cuando hay hombres tan dignos y tan ilustres como el conde de Nevers, cuando el catolicismo es su fé, y cuando espiran por mantener su pureza, ese debe ser el culto verdadero; y cuando un ángel de virtud y un anciano sin mancha os piden de rodillas (*Valentina y Marcelo se echan á los pies de Raul.*) que renunciéis al vuestro, que abraceis el de vuestro padre, es que el Omnipotente les inspira, y les revela su voluntad soberana!

(Breve pausa, durante la cual permanece Raul con la frente inclinada; despues volviendo de su recojimiento les dice:)

Raul. Alzad! Yo soy el que debe estar á vuestras plantas, padre mio, porque... abjuro mi relijion, y soy católico! Bendecidme!

Mar. Si, oveja descarriada un momento del redil santo, yo te bendigo y te perdono en nombre del Supremo Hacedor! (*estendiendo la mano sobre su cabeza.*)

Raul. Ningun ministro del cielo puede realizar ahora la union casta y pura que tal vez dentro de un instante debe desatar la muerte, y que cumple la postrera voluntad de un mártir y de un héroe: pero tú, por el derecho que dán las virtudes y esas nobles canas, tú puedes ser el intérprete de Dios, y bendecir nuestro himeneo delante de la Vírgen purísima, que vá á presidirle y á santificarle tambien!

Mar. Sea!..

(Raul y Valentina en el pórtico del templo se arrodillan delante de Marcelo, llenos de uncion y de fé: Marcelo con semblante inflamado de entusiasmo, con tono firme y solemne les dice:)

Quereis que uniendo vuestras manos consagre en nombre del Redentor del mundo, vuestra union en la tierra y en el cielo?..

Raul. (*con firmeza.*) Si!

Val. (*mas debilmente.*) Si!

Mar. ¿Quereis vivir y morir amandoos siempre? Quieres tú, (*á Raul.*) ser el apoyo de la flaca muger, y tú (*á Valentina.*) el consuelo del hombre en sus dolores?

Los dos. Si!

Mar. Y tú, Raul de Nangis, juras seguir fielmente el culto que acabas de abrazar?

Raul. Hasta la muerte!

Mar. Entonces, yo os bendigo en nombre del Señor que lo hace tambien desde su trono!.. Hijo mio, esta es la santa insignia del catolicismo: consérvala siempre tan blanca y tan pura como te la entrego. (*le pone la banda blanca que trajo Valentina.*) Ahora levantaos, nobles esposos, y si la voluntad del cielo es que murais, vuestras almas se reunirán en la mansion eterna!

(En este momento se vuelve á oir el coro de los hugonotes en el templo, y por sus ventanas se ven brillar las antorchas, y se oye el rumor de los asesinos.)

Soldados. Hugonotes, abjurad, ó moris!

(Continúa oyéndose el coro: Valentina estrecha entre las suyas una mano de Raul, que helado de espanto y sosteniendo un combate interior, escucha con ansiedad.)

Val. Y aun cantan!.. (*el coro cesa de repente, y solo se oye el ruido de las armas.*) Ah! no cantan ya!..

(Con angustia: los três formando un grupo se reunen bajo el pórtico del templo, y guardan un silencio de horror: en aquel momento aparecen los asesinos por el mismo lado: á su frente va el conde de Saint-Bris.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, El conde de Saint-Bris *con soldados: despues* Retz, Cosse, *y otros caballeros católicos.*

Bris. (*distinguiéndolos.*) Quién vá?
Val. (*con voz fuerte.*) Católicos!
Bris. (*viendo á Raul.*) Mentis!.. Ese es Raul de Nangis, el fanático protestante! Soldados, fuego sobre él.
(Los soldados apuntan: Valentina fuera de sí, dá gritos de espanto, ciñendo con sus brazos el cuello de Raul, y procurando colocarse delante; pero su padre la separa de él, en el momento en que Marcelo le vuelve á cubrir con su cuerpo: el conde repite la voz de fuego.)
Val. Ah!.. Socorro!.. Misericordia!
Bris. Fuego!
(En el instante en que los soldados preparan los arcabuces, salen por detrás de Retz, Cossé, Thoré, Meru y otros caballeros: el primero atraviesa con su espada á Saint-Bris, que cae dando un alarido, mientras los otros desarman á los soldados.)
Retz. Muere, traidor!..
Bris. Oh! (*cae.*)
Val. (*corriendo hàcia él.*) Mi padre!!
Mar. (*yendo á sostenerla.*) No: vos no podiais ser hija de un verdugo! Vuestro padre es Dios, que os bendice y os proteje! (*cuadro final.*)

FIN DEL DRAMA.

MADRID: 1847.
Imprenta de D. Vicente de Lalama.
Calle del Duque de Alba, n. 13.